

Colección Ariel

AÑO XI — VOL. II

SUMARIO

JOSE ENRIQUE RODO....	El concepto de la patria
ADELA CARBONE.....	Los niños juegan a la guerra
JOHN RUSKIN.....	El plagio
VIZCONDE DE REISSET...	Los amores de la princesa de Clermont
ALFONSO REYES.....	Sir Edward Grey y la tragedia del símbolo
E. M. WHITE.....	Bergson y la educación
LEOPOLDO LUGONES....	Del libro de los paisajes
B. VALLENILLA LANZ....	En el subsuelo
MIGUEL DE UNAMUNO..	Guerra y milicia
LEOPOLDO DE LA ROSA.	El Señor Jesuerista

Cuaderno 84

San José, Costa Rica, Agosto 15 de 1916

Imprenta Grefias

El concepto de la patria

*C*UANDO, universalmente, la noción y el sentimiento de la patria se engrandecen y depuran, abandonando entre las heces del tiempo cuanto encerraban de negativo y estrecho, aquí,—en los pueblos hispanoamericanos,—bien puede afirmarse que la identificación del concepto de la patria con el de la nación o el estado, de modo que la tierra que haya de considerarse extraña, empiece donde los dominios nacionales acaban, importaría algo aún más pequeño que un fetichismo patriótico: importaría un fetichismo regional o un fetichismo de provincia. Porque si la comunidad del origen, del idioma, de la tradición, de las costumbres, de las instituciones, de los intereses, de los destinos históricos y la contigüidad geográfica, y cuanto puede dar fundamento real a la idea de una patria, no bastan para que el lenguaje del corazón borre, entre nuestros pueblos, las convencionales fronteras y dé nombre de "patria" a lo que no lo es en él

habla política, ¿dónde hallar la fuerza de la naturaleza o la voz de la razón, que sean capaces de prevalecer sobre las artificiosas divisiones humanas?

Patria es, para los hispano-americanos, la América española. Dentro del sentimiento de la patria cabe el sentimiento de adhesión, no menos natural e indestructible, a la provincia, a la región, a la comarca; y provincias, regiones o comarcas de aquella gran patria nuestra, son las naciones en que ella políticamente se divide. Por mi parte, siempre lo he entendido así. La unidad política que consagre y encarne esa unidad moral, —el sueño de Bolívar, —es aún un sueño, cuya realización no verán quizá las generaciones hoy vivas. ¡Qué importa! Italia no era solo la expresión geográfica de Metternich, antes de que la constituyeran en expresión política la espada de Garibaldi y el apostolado de Mazzini. Era la idea, el numen de la patria; —era la patria misma, consagrada por todos los óleos de la tradición, del derecho y de la gloria. La Italia, una y personal existía: —menos corpórea, pero no menos, real; menos tangible, pero no menos vibrante e intensa, que cuando tomó contorno y color en el mapa de las naciones.

Los niños juegan a la guerra...

Los niños juegan a la guerra. En estos días de fiebre belicosa, los niños glosan las batallas.

¡ Es triste !

En una fotografía aparecen algunos pequeños alemanes cantando victoria, por haber apresado un diminuto cañón en el burlesco asalto. Los demás camaradas, tendidos en tierra, se fingen sin vida.

Los niños no ignoran, pues, que en las batallas hay vencidos y hay muertos. Tal vez, alguno de ellos perdió al hermano o al padre en la lucha verdadera... ¡ Y aún juegan a la guerra !

Las esposas, las madres de los sacrificados, ¿ no temblarán al ver cómo florece en los corazones cándidos el odio y la exaltación que hoy se extienden por la vieja Europa, assolándola ?

Decir niño, es decir ternura, esperanza, unión. Velar el sueño de un niño es purificarse, conducirlo de la mano; es saber ser fuerte, protector, piadoso; interpretar su balbuceo pueril es ennoblecere la experiencia con los iridiscentes blasones del candor.

En la antigua parábola, Jesús de Galilea llama a los niños a su lado, y Jesús es amor, paz y misericordia.

Los niños, con las espadas y los cascos guerre-ros, con el gesto amenazador y el odio hacia el hermano que se inicia en la lucha es algo triste, como una injusticia.

¡ Oh, los niños copiados por Greuze, que duermen descalzos en el tibio regazo de la madre!... Los que juegan, confiados, con un perro noblote y sumiso; los que corren a orillas del mar azul; los que aprenden los nombres de los árboles trepando por sus ramas; los que leen las primeras páginas en Virgilio. ¡ Oh, los niños que compadecen a sus amigos desgraciados!

Los días de los héroes inconscientes pasaron. Hoy la guerra es ciencia, es cálculo y estrecha disciplina. Contra el auto ametralladora, o la trinchera de cables eléctricos, ¿ qué valdría la adolescente arrogancia del fiero Enrique Monmouth?...

Hoy no basta el milagro, ni salva la superstición: Santiago, sobre el blanco corcel, ya no mata moros, y en el cielo nocturno, la cruz de Constantino no irradia alentadora.

Perdida la fe en las antiguas fábulas, ¿ por qué grabar en el corazón de los niños—que es, como una paloma dormida—el lambel de la astucia, el odio y la venganza?

Enternece más la aparición de Marco Aurelio, infante, tendiendo una red bajo el trapecio de los gimnastas, que su paso por la vía Sacra, fustigando la piafante cuádriga, cuando—recubierto por la púrpura de los Césares,—dirigíase a la *Equiria*, sobre el fúlgido carro.

Los niños guerreros se harán hombres rencorosos y taciturnos, si llega la derrota para su patria, y si el triunfo, serán altaneros y serán déspotas. ¡ Y el triunfo es todavía un enigma indecifrible !

La Victoria de Samotracia, extiende sobre la proa del navío sumergido sus alas enormes y augurales. Pero los dioses—¡ sabios dioses !—han querido dárnosla mutilada, para que ignoremos hacia qué reino miraban un día las ignotas pupilas de la deidad suprema.

ADELA CARBONE

El plagio

ALGÚN tiempo después que hebe concluido el último capítulo de mi obra sobre los Pintores Modernos, tuve conocimiento por uno de los miembros de mi clase en el Colegio de los Hombres de Trabajo, de los interesantes y poderosos poemas de Emerson. Y hay en varios de esos poemas algo tan semejante a diversas partes del capítulo mencionado, aun relativamente a la expresión, que, sin embargo de que yo generalmente no cuido de justificarme del cargo de plagiario, considero que son necesarias en este caso algunas palabras de explicación.

Repito que en general no me justifico, porque sé cómo se descubre en mi trabajo constancia interna de su originalidad, tan pronto como la gente se cuide de examinarlo: y si no lo hace, o no tiene penetración suficiente para distinguir la obra genuina de la obra copiada, mi sola aserción no bastaría para convencerla, sobre todo porque el cargo de plagiario es casi siempre hecho principalmente por plagiarios y por personas de la desdichada especie que no cree en la honradez si no se la pone

en evidencia incuestionable. No obstante, como mi trabajo está tan fuera de lo actual y realizado entre pinturas, que tengo apenas tiempo de leer muy pocos libros modernos y estoy por consiguiente en mayor peligro que los demás de repetir, como si fuera nuevo, lo que otros han dicho, será bueno hacer constar que cualquiera semejante plagio aparente, resulta del hecho de que mis escritos son más originales de lo que yo mismo quiero que sean, de que he realizado mi objeto en una inevitab'e, más para mí perniciosa ignorancia, del trabajo de los demás. Por otra parte, sería muy triste para mí el *no* haber estado constantemente bajo la enseñanza y la influencia de los escritores a quienes amo: y soy incapaz de decir hasta qué punto mis pensamientos han sido guiados por Wordsworth, Carlyle y Helps, a quienes (con Dante y George Herbet, entre los antiguos) debo más que a cualesquiera otros escritores: más que a todos tal vez, a Carlyle, a quien leo tan constantemente que, sin ponerme de propia voluntad a imitarlo, me encuentro perpetuamente siguiendo sus formas de expresión y diciendo muchas cosas en una "enteramente otra" y empero, más fuerte manera, de la que hubiera adoptado hace algunos años: como también hay cosas que espero estén dichas más clara y simplemente que antes, gracias a la influencia del bello y apacible inglés de Helps. Sería tanta locura como error empeñarse en desta-

car influencias de esta clase, porque ellas consisten principalmente en una real y saludable ayuda: porque el maestro, tanto en el arte de escribir, como en el arte de pintar, enseña ciertos métodos de lenguaje que fuera ridículo y aun afectado no emplear, una vez que han sido demostrados: justamente lo propio que habría sido ridículo en Bonifacio negarse a emplear el método del Ticiano para aplicar los colores, si comprendía que era el mejor, porque no hubiera sido él quien lo descubrió. Existe toda la diferencia del mundo entre este recibir de guía o consentir de influencia y la voluntaria imitación y mucho más el plagio. La guía puede aun inocentemente llegar hasta tonos locales del pensamiento y debe hacerlo hasta cierto punto: de modo que yo encuentro el fuerte pensar de Carlyle coloreando el mío continuamente y sentiría mucho que así no fuera, pues de otro modo lo habría leído sin provecho alguno. Pero cuanto yo tengo mío, está todo en mi trabajo y mejor traído, con mucho, me parece, que lo hubiera hecho antes. Bien así como si esculcamos en el ingenio y en la sátira de los escritores populares de nuestros días, encontraremos que la *manera*, en todo lo que tiene de distintiva, se le debe siempre a Dickens: y que de su primera, exquisita ironía salieron como ramares otras innumerables formas de ingenio, que varían con las disposiciones de los escritores, originales en su asunto y en su substancia,

pero que nunca se habrían expresado como lo hacen ahora, si no es por Dickens.

Mucha gente supondrá que debo al Kosmos de Humboldt y a las Escenas Rurales de Howitt, varias de las ideas emitidas en mis estudios sobre el Paisaje. Soy deudor al libro del señor Howitt, de mucho placer, pero no de sugestión alguna, puesto que no vino a mis manos sino después que aquellos estudios estaban impresos. Habría deseado lo contrario, pues me hubiera gustado mucho tomar nota más extensa del Paisaje de Teócrito, acerca del cual se detiene el señor Howitt con justo deleite. Otras partes del libro son muy sugestivas y provechosas para el lector que se cuide de proseguir el asunto. Del Kosmos de Humboldt, oí hablar mucho cuando salió la primera vez y me dí prisa en conocerlo: pero viendo que no contenía materiales relacionados con mi asunto, que yo no poseyera, nunca hice referencia a él en mi trabajo. Puedo estar equivocado en mi apreciación sobre este libro, pero ciertamente, no le debo nada en absoluto.

También se dice a menudo que yo copio a Pugin. En cierta ocasión recorrí los Contrastes de Pugin, en la Biblioteca de Arquitectura de Oxford, durante una tarde en que estaba desocupado. Sus "Observaciones acerca de los artículos del *Rambler*" vinieron a mi conocimiento por algunas de las Revistas. Nunca leí una palabra de ningún otro de sus tra-

bajos, pues no sentía, a causa del estilo de su arquitectura, ningún interés por sus opiniones.

He hablado tan amenudo en mi obra sobre los Pintores Modernos, de la pintura de Holman Hunt "La Luz del Mundo", que bien puedo en este sitio echar una ojeada sobre el envidioso cargo que se la hace de haber sido plagiada de un grabado alemán.

Es, en efecto, verdad, que existía una pintura del asunto: y no había, por supuesto, pinturas de la Natividad antes del tiempo de Rafael, ni de la Ultima Cena anteriores a la de Leonardo, pues si no, estos maestros no hubieran podido reclamar la originalidad. Pero lo que era aún más singular—el verso que se trataba de ilustrar es: "Ved! Estoy en la puerta y toco":—La principal figura en el cuadro anterior estaba tocando en una puerta, tocaba con la mano derecha y tenía el rostro vuelto hacia el espectador! Más aún, vestía un largo manto, que le bajaba hasta los pies! Todas estas circunstancias son las mismas en la pintura del señor Hunt: y como las probabilidades evidentemente eran cien contra una de que si él no hubiera aprovechado las ideas del artista alemán, habría representado la figura *no* tocando en puerta alguna, volviendo al espectador la espalda y vestida con su manto corto, el plagio se consideró evidentemente demostrado. Naturalmente, no es posible defensa alguna en caso tal. Todo lo que puedo decir es que estaré siuceramente agra-

decido a cualesquiera otras personas inconcientes, que adapten de la misma manera algunos otros grabados alemanes más.

Finalmente, respecto al plagio en general, debe recordarse cómo todos los hombres que tienen sentido y sentimiento, son constantemente ayudados o favorecidos: les enseña toda persona con quien se reúnen, les enriquece toda cosa que encuentran en su camino. El más grande es aquel que más frecuentemente ha sido ayudado: y si el proceso de las obras realizadas por todos los entendimientos humanos pudiera ser trazado hasta sus fuentes reales, se vería cómo el mundo ha sido puesto más a contribución por los hombres de más original poder y cómo cada día de su existencia aumentaba la deuda para con su raza, mientras ésta engrandecía los dones recibidos. La labor consagrada a trazar el origen de algún pensamiento o de alguna invención deberá comúnmente ser llevada hasta la proposición en blanco de que nada hay nuevo bajo el sol. Empero lo que es realmente grande no puede ser copiado en su totalidad: y es generalmente el más sabio y es siempre el más feliz, quien recibe simplemente, sin cuestiones de la envidia, todo lo bueno que se le ofrece, con gracias para aquel de quien inmediatamente lo recibe.

JOHN RUSKIN

(Traducción de José Austria.)

Los amores de la Princesa de Clermont

Una novela de amor que parece una pastoral, inicia los amores de Mlle. de Clermont y del duque de Melún, un gran señor de alto linaje y una Princesa de sangre real. ¡Nada faltó a ese idilio encantador y sentimental, ni el cuadro agreste, ni los dulces juramentos, ni las citas en la alquería! Y para completar la semejanza con aquellos amables relatos del siglo XVIII que tanto agradaban a nuestros padres, el héroe encuentra la muerte en un dramático accidente, ante los ojos de su amante desesperada e inconsolable.

Brillante, ligero, frívolo, siempre cerca de las bellas, cuyos rigores como nadie sabía desarmar, el duque de Melún fué durante largo tiempo voluble, el amor lo transformó y el libertino de otros tiempos fué súbitamente fiel desde el mismo día en que Ana de Borbón le dió su corazón.

El retrato de la adorable Princesa conservado en el palacio de Chantilly, en la gran galería, basta para explicar esa fidelidad, que llenó de admiración a la corte y a la ciudad.

Ese retrato es un gran cuadro de grandes dimensiones, que representa a una joven en traje mitológico y en todo el esplendor de la belleza; reclinada sobre el césped, descansa con lánguido abandono, el brazo derecho apoyado sobre una urna de la que se escapa el agua en abundancia, en tanto que su mano izquierda se extiende hacia una copa que le presenta una náyade apenas cubierta por una túnica que la viste y la desnuda a un tiempo mismo, se nos aparece divinamente bella, en el cuadro de una vaporosa mañana primaveral, envuelta en un manto azul, de pliegues flotantes que apenas oculta la rotundez de su joven seno y la armonía pura y graciosa de sus piernas finas y de sus torneados brazos.

Con su mantón lleno de hoyuelos, su carmínea boca de labios entreabiertos, su nariz ligeramente remangada, sus admirables ojos que iluminan el rostro deslumbrante de frescor, esa joven diosa de las aguas y de las fontanas, parece la propia evocación de la juventud y de la gracia, de la elegancia y de la voluptuosidad! Jamás Nattier, como en esa tela, copió mejor el encanto particular de esa época.

La divinidad de ese sitio de encantos, que es Chantilly, es la nieta del Gran Condé, la hermana del duque de Borbón, Primer Ministro de Luis el Bienamado: María Ana de Borbón, más conocida en la historia bajo el nombre de *Mademoiselle de Clermont*.

Nació en París el 16 de octubre de 1697, en el bello hotel de Condé, cuya soberbia ordenanza aún se puede admirar en la calle de Babilonia, y sus padres fueron Luis III de Borbón y Mlle. de Nantes, hija legitimada de Francia, fruto de los amores de Luis XIV y de la marquesa de Montespán. Mme. de Genlis dice de ella: "La Princesa de Clermont recibió de la naturaleza y de la fortuna todos los dones y todos los bienes dignos de envidia".

Le bastó aparecer en Chantilly en el estío de 1716, ante los ojos deslumbrados de la Corte, para reunir todos los sufragios y ganarse todos los corazones. La más atrevida en los placeres de la caza era también la más graciosa en la danza, la más seductora en todas las fiestas. En todas partes, durante cuatro años triunfó: en Versalles como en Marly, en Fontainebleau como en Rambouillet; y en todas era la primera por la gracia y por la belleza.

Aquel que ella iba a preferir a los Príncipes más ilustres y aun al heredero de una corona, era el duque de Melún.

En 1722, Luis de Melún, segundo del nombre, príncipe de Epinoy, duque de Joyeuse, par y condestable hereditario de Francia, tenía 28 años. Era un señor de gran nacimiento, hermano de la princesa de Soubisa, viuda del duque Armand de La Tour. Sus éxitos le habían hecho

célebre y con el ruido de sus galanterías había llenado la Corte y París. El rapto sucesivo de las dos hermanas Camargo le dió gran fama de hombre de buenas fortunas; pero su conquista más brillante fue la de la Princesa de Charolais, que le dió como sucesor al poco tiempo a Richelieu y después al caballero de Baviera. Bello, espiritual, altivo, de suprema elegancia, era uno de esos libertinos encantadores y sin escrúpulos, típicos de la época de la Regencia. Familiar de las miradas reales, su intimidad con el duque de Borbón le proporcionó el mejor de los pretextos para acercarse con frecuencia a la joven Princesa. El había sabido triunfar de la hermana mayor de ésta y no le costó mucho el hacerse amar de Ana, sencilla y sin desconfianza y cuyo corazón hasta entonces no había hablado.

Los bosquecillos apartados y la cabaña de una joven lechera sirvieron de abrigo a esos jóvenes amores.

"*¡Para siempre!*" dijo ingenuamente la Princesa en su primera cita, y Melún, sincero a no dudarlo, respondió: "*¡Hasta la tumba!*"

Las alegrías de sus citas fueron santificadas por el matrimonio; un matrimonio secreto celebrado en la cabaña de la joven lechera y del cual fueron los testigos dos criados. Dos horas después de la bendición nupcial, los jóvenes esposos regresaban al castillo sin que nadie pudie-

ra sospechar el suceso misterioso que acababan de realizar.

Ese día venturoso no debía tener igual amanecer.

Una semana más tarde, Chantilly está en movimiento con la llegada de Luis XV al castillo: allí son para la Princesa todas las miradas del Rey.

Durante una de las cacerías reales, en el parque de Sylvia, Melún se acerca a la calesa que conduce a la joven. "Alejíos! le dice ésta; temo que nos espíen y no quiero perderos. Id a reuniros con mi hermano; esta tarde os diré por qué." El Duque no inquirió más; lanzó su caballo al galope, seguido de un solo criado; en el momento de torcer una avenida, se vuelve hacia la Princesa; luego desaparece en la espesura y a poco vibra un grito penetrante: en el momento en que el Duque le enviaba su último adiós en la avenida, un ciervo acorralado se lanzó sobre él y le hundió en el vientre y en el pecho sus terribles cuernos. El Duque moribundo fué trasladado al castillo, y en la noche de ese día muere, no sin reunir todas sus fuerzas y escribir a su amada:

"Deposito en voz lo que más he amado! Adiós!.....no olvidéis al que os ama, hasta la tumba!"

En una viudez melancólica, la infortunada

Princesa guardó íntegra su fe al único hombre a quien amó. Ella era de aquellas que no saben amar más que una vez !.....

En ese siglo XVIII, tan frívolo y voluptuoso, la dulce fisonomía de la Princesa ha permanecido como el emblema de la fidelidad y de la constancia y la historia misma no ha arrebatado nada del encanto con que la novela ha rodeado a la Princesa de Clermont, y aún hoy día, en el bosquecillo de Sylvia, la avenida denominada "de Melún", es un sitio de peregrinaje para los enamorados.

VIZCONDE DE REISSET

(Traducción y arreglo de Felipe
Valderrama. *La Revista* Caracas.)

Sir Edward Grey

y la tragedia del símbolo

EL discurso pronunciado por el muy honorable sir Edward Grey, Comendador de la Orden de la jarretiera, Ministro de Estado de la Gran Bretaña, en el salón Bechstein (Londres), con motivo de la conferencia de su amigo Buchau sobre la estrategia de la guerra, pudiera servir como ejemplo del acto social puro; acto desprovisto de todo otro valor que no sea el que resulta de las relaciones y representaciones creadas por el hecho mismo de la asociación humana. Júntanse los hombres y, por sólo juntarse, provocan la formación de corrientes invisibles y de oscuras gravitaciones. Como en los líquidos mezclados, unos corpúsculos suben y otros bajan, tendiendo ante todo a establecer ese antagonismo fundamental que, a despecho de los anhelos igualitarios, existirá en tanto que existan varias dimensiones en el espacio: la capa superior, la capa inferior; el grupo de la derecha, el grupo de la izquierda; el orbe externo y el círculo íntimo. Y entre ellos, como mensajeros de sus mutuos odios y sus mutuos amores—verdaderos espías dobles, a la vez que conciliadores y jueces—flotan

esos individuos medios, tan inteligentes y capaces, tan decentes por lo general, tan finos y cultos que a la hora de las grandes crisis han de ser arrollados por la bestialidad eficaz de los más fanáticos. Cuando las gravitaciones sociales se han equilibrado, caen — como los niños en el juego del corro o los sátiros en la danza de Dionisio — caen bajo el esquema geométrico del círculo: de un círculo magnetizado, regido por su centro. — En este pitagorismo social, todo valor propio o intrínseco va a quedar neutralizado, y va a sustituirlo el valor de la posición relativa en el espacio. Lo esencial es que haya un hombre en el centro y que los demás lo rodeen apoyando en él sus miradas: no importa ya lo que se diga o se haga: hay acto social. Las mismas monadas de Leibnitz, al organizarse socialmente, parece que pierden su sentido propio, irreducible, y se ensartan en un hilo común como otras tantas cuentas inertes. Imagínese un collar de avispas — pero que han perdido el aguijón; véase el corro de hombres rodeando el hombre. El hombre va a hablar; habla ya. ¿Qué dice? ¿Qué importa, si hay acto social? Más aún: importa que no diga nada — nada nuevo al menos, para que una nueva energía no venga a desordenar el equilibrio alcanzado: el acto social puro es incompatible con el acto revolucionario. Si fuera posible usar de la acción para no obrar, ésta sería la obra

ideal del hombre del círculo. Si fuere posible hablar para no decir nada—o para repetir lo sabido—éste será su mejor discurso: acto social puro. Como es el hombre del centro, el valor de sus palabras está en ser suyas, está en el poder sobrehumano del centro: que no presuma, pues, de sutil, de fantástico o de innovador. Merezca, en silencio, el honor de encarnar el centro; respete la invisible fuerza geométrica confiada a sus manos; domínese, castíguese, mátese.

Con este aire de inmovilidad trágica habla sir Edward Grey. Nada nuevo dice y casi puede asegurarse que no dice nada: nada que no sea, como el aire, invisible de puro ambiente. Cada una de sus palabras es neutra, y hasta la sintaxis que las liga está toda predeterminada. El oído se desliza, oyéndolo, sin tropiezos ni sobresaltos. Aseguro que hablaría con tono monótono y sin mover las manos: los ojos, cargados de vida, revelarían—a pesar de la serenidad de la boca—toda la tragedia de ser símbolo; de no poder tronar y estallar, de ser encarnación de lo fijo; de no poder crear ni matar, de ser encarnación de lo eterno.

¿Qué dice?—¿Qué importa, si hay acto social? En cualquier artículo de periódico hallaréis más novedad y fuego que en sus palabras; mayor desarrollo, y acaso superiores puntos de vista. Pero cuando todas las gacetillas de la guerra hayan ardido en las chimeneas de nuestros hijos, o

cuando el rey de la fábula pida a los sabios el secreto de la historia reducido al menor número de palabras y a las más diáfanas y sencillas—entonces se oirá resonar, porque venía resonando desde un centro eterno, con timbre y poder inusitados, el discurso del centro.

El acto social puro. — ¿No advertía Varona que el uso de la tarjeta de visita delata el fondo simbólico de las relaciones humanas? Todo conocimiento que nace ¿no comienza por ser simbólico, hueco e indirecto? La línea recta es el último descubrimiento de la acción animal: otea el gavilán su presa largamente; describe trayectorias complejas en su alrededor, y al fin — ¡sólo al fin! — cae de rayo, a plomo, sobre ella. Por el pensamiento simbólico ha comenzado el pensamiento, según testimonio pintoresco de mitologías y supersticiones. Entre los salvajes, el mensajero recibe una orden y, con el cuchillo, abre en su bastón tantas muescas como partes tiene la acción que se le ha mandado ejecutar: le basta la memoria simbólica, como al que hace un nudo en el pañuelo para recordar cierto compromiso del día siguiente. Nunca nos emancipamos por completo del símbolo: sustituimos la mitología y la superstición por la filosofía y la ciencia; dejamos el nudo del pañuelo por el memorándum o la papeleta, para la que ha podido producirse toda una industria mobiliaria. Pero en el fondo de

las relaciones sociales (¿y qué hay que no sea social en algún modo?) subsiste, como el tipo mismo de pureza, el acto simbólico.—Ya no importa lo que seamos, lo que valgamos: para ser sociales, para conversar con los demás, hemos de ser como ellos, parecemos a todos; hacerse sentir es ser grosero. ¡Ay del que quiera hablar como lo que es! Ni al más fino y depurado escritor toleraría la sociedad un modo distinto de charlar. Un hombre puede escribir, si quiere (¡oh, solitario milagro de escribir!) que gusta de la aventura; pero las Furias Sociales no le pueden consentir que sea aventurero. Al llegar al círculo, tiene que neutralizarse, escondiendo a punto su aguijón. Si le toca el centro del círculo, lloremoslo ya como lloraríamos al amigo convertido en estatua. Tal vez si acercamos el oído al sitio donde hubo un corazón, oiremos un latir subterráneo: un imposible, absurdo latido que, si se empeña en no parar, acabará por reventar algún día—por sólo su ritmo vivaz—la corteza de piedra que lo ensordece, provocando un cataclismo social.

Honda es la tragedia de los símbolos.—Por la sala van y vienen hombres iguales, diciendo siempre iguales cosas, y el que más se parece a todos resulta el primero. En ese: la tranquilidad de todos reposa en ese. ¡Cuidado! Que no sepa nunca—no le digamos—que afuera es la noche y bajo las estrellas hay canciones de loco.

ALFONSO REYES

Bergson y la educación

Los grandes pensadores, los reformadores, las invenciones y las nuevas costumbres no dejan nunca de ejercer su influjo en la humanidad. Esta está ya, inconscientemente preparada, en cierto sentido, para lo que viene, y tiene que reconocerlo en parte, porque los grandes hombres son como un producto de su tiempo, que los moldea; ellos reúnen, tejen lo que en los demás se da disperso. Y la labor de Bergson, tan atacada desde todos los lados, como el *Origen de las especies*, de Darwin, ha influido como ésta en el pensamiento humano, hondamente y desde su aparición. La filosofía de Bergson penetra lentamente las ideas del siglo xx y precisamente en el reino de la educación, así como en el de la religión, es donde su influjo parece más eficaz.

“El futuro—dice Bergson—parece pertenecer a una filosofía que procure dar cuenta de *todo* lo que es dado.” En el porvenir se dará una educación a la personalidad entera y no tendrá sólo en cuenta la inteligencia y la memoria. Actualmente no hay en la educación ninguna aspiración central y universalmente reconocida, a la que puedan converger todas las

tual de la educación va hacia la liberación del niño y a estimular su espontaneidad, su naturalidad y el ejercicio de *todas* sus facultades. El estudio de la filosofía de Bergson pone de relieve la necesidad de cultivar el sentimiento y la voluntad además del intelecto, de proporcionar el poder de apreciación para el reino pleno del arte, así como para la admiración de la ciencia, y de dejar campo libre a la iniciativa en todo momento.

La teoría de la duración es suficiente por sí misma para producir un cambio completo en el método de atestiguar los resultados de la enseñanza. Al presente, se hace esto mediante los exámenes, que son un mal que vicia la enseñanza entera. Duración ha sido llamado el secreto de Bergson--no el tiempo que es medido por horas y minutos separables entre sí, ya que este tiempo es sólo otra forma del espacio. La duración no tiene relación alguna con el número—; es cualitativa, no cuantitativa, y es una evolución de la conciencia más bien que una cantidad creciente formada por la *adición* de estados de conciencia. Todo estado sucesivo de conciencia penetra los precedentes, y no puede separarse de ellos sin determinar un cambio real en su significación. La duración denota así una unidad que no puede ser subdividida: es una pura heterogeneidad, dentro de la cual no hay cualidades distintas. La duración está dentro de nosotros mismos e implica *sucesión*, la interpretación de nues-

tros estados de conciencia. Así la conciencia no atraviesa el mismo estado dos veces; un sentimiento, la segunda vez que es sentido, es diferente, y solamente por ello es sentido la segunda vez. Nuestra conciencia es un continuo desenvolvimiento. El maestro produce estados de conciencia, cada uno de los cuales penetra el resultado de todos los estados previos y ayuda gradualmente a formar un carácter, una vida. “¿Qué es nuestro carácter—dice Bergson—si no es el resultado de la historia que hemos vivido?... Es, con nuestro pasado entero, incluyendo la huella original de nuestra alma, lo que deseamos, hacemos y queremos.” Y ¿cómo podemos dar una respuesta a una pregunta que inquiera estados de conciencia? En la idea de que utilizamos al obrar el conjunto de nuestra experiencia vivida, de que nuestra personalidad es la síntesis actual de nuestros estados pasados, implica, como un corolario, la importancia de proporcionar a los discípulos de todas edades, experiencias que les sean provechosas, puesto que toda experiencia produce su efecto y el carácter se está continuamente creando. El aumento de la sensibilidad y la mayor delicadeza en el manejo de la juventud será el resultado de una mejor realización del significado del tiempo *real*, cualquiera que sea el nombre que pueda dársele. Un maestro que comprenda que uno mismo e idéntico sentimiento nunca puede repetirse, se esforzará porque *todos* los in-

flujos que moldeen a sus discípulos sean a propósito para producir estados favorables de conciencia y no querrá que se compruebe su enseñanza y los efectos de ella mediante exámenes.

Sin embargo, más quizás que en ninguna otra parte de la filosofía de Bergson, en su doctrina del intelecto y de la intuición, es donde se ofrece más ancho campo para la reforma o el desenvolvimiento de los métodos educativos. Sin depreciación alguna del intelecto en su teoría, ésta demuestra que está principalmente adaptado para la acción y en este sentido es particularmente hábil. En cambio cuando intenta comprender la vida y el movimiento, falla. El intelecto no es sino un depósito del movimiento evolutivo y, por consiguiente, no puede apoderarse del movimiento entero; la vida trasciende del intelecto y, por tanto, no puede ser enteramente comprendida por él. Siempre que Bergson menciona la educación, habla de ella en conexión con las limitaciones del intelecto.

“Vemos que el intelecto, tan hábil cuando actúa sobre lo inerte, es torpe desde el momento en que toca a la vida. Sea la vida del cuerpo o la del espíritu la que tenga que tratar, procede con el rigor, la torpeza y la brutalidad de un instrumento no designado para tal uso. La historia de la higiene o la historia de la pedagogía nos enseñan mucho en este respecto. Cuando pensamos en la necesidad

cardinal, urgente y constante que tenemos de preservar nuestro cuerpo y elevar nuestras almas, de las facilidades especiales que se nos dan en este campo para experimentar continuamente en nosotros mismos, del mal palpable por la equivocación de una práctica médica o pedagógica equivocada, se nos pone de relieve que estamos amenazados de la estupidez y especialmente de la persistencia en el error."

El error consiste, no solamente en utilizar el intelecto solamente para resolver problemas educativos, sino también en adiestrar y estimular a los discípulos a usar el intelecto solo. El instinto autoconsciente—es decir, la intuición—debe desempeñar también su parte, y así actuará la conciencia entera, que se compone del intelecto combinado con la intuición. Según Bergson, existe alrededor del intelecto una vaga nebulosidad hecha de la substancia de que se han formado los núcleos luminosos conocidos como tal intelecto y que poseen ciertos poderes complementarios de él. Nosotros tenemos dentro de nosotros mismos sólo un sentimiento indistinto de otros poderes, pero se ofrecen más claramente cuando se les ve actuar en la evolución. La inteligencia y el instinto siguen opuestas direcciones, la una hacia la materia y la otra hacia la vida. La diferencia entre ellas se formula así: "Hay cosas que sólo la inteligencia puede buscar, pero que nunca podrá encontrar

por sí misma. Estas cosas sólo puede encontrarlas el instinto, el cual, a su vez, nunca las buscará.”

No puede haber reglas para adiestrar la intuición; sólo se le puede abandonar a su espontáneo desenvolvimiento sin reprimirla ni perturbarla. Las prohibiciones, los textos, las listas y los premios sólo indican que la labor del intelecto o de la memoria es el asunto más cultivado en la vida escolar. La ciencia conservará su autoridad (se la deberá enseñar de un modo más artístico), pero también se enseñarán sus limitaciones. El sentimiento, la actitud, las aspiraciones, serán consideradas como de tanto valor, al menos, como las adquisiciones intelectuales. El análisis, la clasificación y las fórmulas podrán practicarse todavía, pero en un grado menor, y en cambio la imaginación y la sensibilidad respecto de un asunto exigirán más tiempo. El intelecto tiende a las afirmaciones y a la convención, mientras que la intuición tiende a la libertad y a la espontaneidad. Para estimular la espontaneidad y no perturbar la individualidad es para lo que debe aprenderse una psicología más verdadera. Al presente es lamentable nuestra ignorancia respecto al modo de trabajar el espíritu, a los sentimientos innatos y a la motivación real, especialmente de los jóvenes. La admonición *conócete a tí mismo* es hoy tan necesaria como en los tiempos clásicos, y la de *conoce a tus*

discípulos es una máxima indispensable en toda educación que sea digna de este nombre.

Conexionada con la idea de espontaneidad está la de actividad creadora. Si no se reprime ni perturba la iniciativa de un niño, se aplicará a la creación individual y auténtica y "no tendrá mayor goce que el de sentirse a sí mismo creador". Este goce de la creación debe ser un camino en la educación lo mismo que en otras esferas. Todo estímulo para la creación es también un estímulo para uno de los verdaderos fines de la vida, lo cual puede ser expresado con las siguientes palabras de Bergson:

"Si, por tanto, en todas las regiones el triunfo de la vida está expresado por la creación, no debemos pensar que la última razón de la vida humana sea una creación que, a diferencia de la del artista o del hombre de ciencia, pueda ser perseguida en todo momento y por todos los hombres igualmente; sino que me refiero a la creación del yo por uno mismo, al continuo enriquecimiento de la personalidad por elementos que no vienen del exterior, sino por causas que brotan de uno mismo."

"Nos estamos creando continuamente..., existir es cambiar, cambiar es madurar, madurar es crearse a sí mismo indefinidamente."

La vida, la conciencia, implican una necesidad de reacción; pero los simples ensayos literarios, el cultivo superficial de la ciencia, las lecciones, la recopilación de muchos hechos,

el aprendizaje de memoria y la preocupación de los exámenes, no conducen a la expansión de ninguna facultad creadora.

El único modo de desenvolver lo que llama Bergson las "potencialidades innumerables" de la conciencia humana, y de alcanzar el "horizonte infinito" abierto ante nosotros, no depende tanto de las aspiraciones del pasado como de mirar más a las posibilidades del futuro. A él mira siempre la acción, y nosotros somos seres de acción esencialmente. "La conciencia es la luz que ilumina la zona de las acciones posibles o la actividad potencial que rodea la acción, realmente ejecutada por el ser vivo."

Así es que, donde no hay ningún género de elección o iniciativa o algún pensamiento de acción, no se aviva la conciencia ni se despierta la atención. En todo caso, el porvenir pertenece al niño. La suma total de las acciones de una generación es el resultado de la suma total de los influjos que actúan sobre su infancia. "Cada acción humana en la que haya invención, cada acto voluntario en que haya libertad, cada movimiento de un organismo que revele espontaneidad, trae algo nuevo al mundo."

En uno de los últimos pasajes de la *Evolución creadora*, Bergson muestra la responsabilidad en que incurre una generación respecto de la siguiente, e indica que quizás en este cuidado repose el secreto de la vida. Si, como él

dice, "la esencia de la vida es el movimiento por el cual la vida se trasmite", entonces también la esencia de la educación es la aptitud que proporciona para la vida y su desenvolvimiento. Puede haber infinita variedad en las manifestaciones de la vida y la individualidad puede admitir un número infinito de grados y de géneros. Esto indica que ningún ideal ni ninguna meta puede perseguirse siempre, porque la vida es crecimiento, evolución, transformación incesante, una creación continua de formas innumerables... Creamos el camino conforme avanzamos y sólo podemos mirar hacia atrás después de haberlo pasado. En este caso *todo* está abierto ante nosotros, y surge el solèmnne pensamiento de que la evolución y el futuro de la humanidad pueden guiarse por sí mismas. La humanidad puede hacer de sí misma y de su medio lo que quiera: el poder y los medios están en su mano. En esta idea de un gran infinito hay espacio para el valor y la esperanza..., indica una necesidad incesante de ofrecer un valioso punto de vista moral, en el más amplio sentido, a la generación que aguarda su turno para contribuir al lento avance de su raza hacia la evolución creadora.

Aquí surge, desde luego, el problema de la voluntad libre; pero el problema se desvanece como tal si se adopta la teoría de la evolución. Las partes de la discusión que conciernen al problema de la educación, son muy

numerosas; por ejemplo: la afirmación de que un hecho psíquico no se conforma con la ley física y no puede nunca expresarse en los términos de espacio. Este es un punto de vista que también habla contra la rigidez en la enseñanza y contra los meros exámenes, pues preferiría considerar más bien los cambios probables causados en el espíritu y en las aptitudes del niño por la manera como maneja un asunto. La educación alcanzará un valor más real mientras más sutilmente trate las almas.

Muchas objeciones saldrán al paso para mostrar la imposibilidad de las sugerencias indicadas. Pero nada pareció más imposible que la abolición de la esclavitud. Análogamente, la abolición de la rigidez, de las convenciones, del adiestramiento meramente intelectual, etc., en la educación, por imposible que pueda parecer, llegarán a ser abolidos en la educación como el "pago por los resultados", que pareció un día insustituible. Las dificultades principales para llegar a ello son: en las escuelas primarias, el excesivo número de alumnos en cada clase; en la segunda enseñanza, el sistema de los exámenes, y en todas las escuelas, la falta de un nivel elevado de sensibilidad y "personalidad" en la mayoría de los maestros. La mayoría de los maestros son concienzudos y laboriosos, pero viven un poco aislados y necesitan más amplitud de horizontes y un mayor conocimiento de los problemas actuales, porque estos

problemas tendrán en su mayoría que resolverse por su intervención. La mayoría de los maestros necesitan, más que una mayor cultura (sin negar la importancia esencial que ésta tenga para ellos), una visión amplia y exacta, no ya de la escuela, sino del mundo y de la vida, y un sincero deseo de llevar a su plenitud la personalidad del niño, y por tanto, de ayudar a la evolución de un tipo de humanidad cada vez más fino. Hay que prescindir, por tanto, del absurdo sistema de los exámenes como comprobación de la labor de la escuela, ya que ni siquiera pueden comprobar lo más importante de esa labor. Hay que cambiar gradualmente los métodos y los programas. El niño necesita menos matemáticas y más historia de la humanidad, de sus costumbres, de sus ideales. La ciencia debe enseñarse bellamente y despertando el sentimiento de admiración del mundo.

E. M. WHITE

(*Educational Review*, Trad. de D. Barnés.)



Del libro de los paisajes

TIBI SEMPER

I

La Hora Azul

El día con jadeante fatiga de labriego,
Alborotado el rizo de su último arrebol,
Segaba allá en la linde, que era un perfil de fuego
Sobre ulteriores campos sus gavillas de sol.

De este lado del mundo, pálidos abedules
Delineaban la tarde cual si fuera un vergel;
Y en el fondo, hacia tierras remotamente azules,
Iba el Silencio andando con un largo lebrél.

Iba el Silencio andando, con su estrellada frente
Oculta todavía tras de lo inmaterial;
Mas ya en su pensamiento se azulaba hondamente
La inmensidad con una luz sobrenatural.

Y se azuló la hierba; y en un zafiro al monte
Se le traslució el alma bajo su torvo añil.
Y desleía el cándido cielo del horizonte
Una azulina gota, como un lirio de abril.

Callaba el mundo, y desde la trémula distancia
Donde un polvo de luna cierne el aire en su tul,
La noche, dilatándose en lánguida fragancia,
Subía lentamente como un incienso azul.

II

Flores y Estrellas

Y era aquella una noche de las noches más bellas
El Silencio sobre una blanda quietud de mar,
Inclinando su frente coronada de estrellas,
Allá en el horizonte se puso a meditar.

Cual de una negra tierra que en claros lirios brota,
Iban saliendo estrellas de esa meditación
Cuyo ritmo animaba sobre la mar remota
Largas cuerdas azules en su palpitación.

Y el Silencio crecía; y a veces, de su calma,
Cual se desprende el pétalo de un lánguido jazmín
En una lenta lágrima de luz se le iba el alma,
Y era una estrella errante caída en el confín.

El trémulo universo, saliendo de sí mismo,
En fl res y en estrellas manifestó su sér.
Los ojos del Silencio, graves sobre el abismo,
Contemplaban al cielo y al mundo florecer.

La tierra perfumada como un callado huerto.
Balbucía la noche quejumbres de laúd.
Nada más que azucenas en el mundo desierto,
Y nada más que estrellas temblando en la quietud.

III

Alba

Hasta que en el Oriente palideció el lucero.
Y celebró la alondra con su himno matinal,
La magia del rocío que hace del mundo entero
Un lúcido prodigio de bruma y de cristal.

Y pareció que el cielo subía de la tierra
Como una vaporosa luz, que en vago temblor,
Entornó con la calma de una ala que se cierra,
Grandes puertas azules sobre su propio albor.

Y por aquel remoto portal entró la estrella,
Lacia su crencha rubia, largo su velo al pié,
Y cual sucede al paso de una clara doncella,
Un suspiro fragante su leve ausencia fué.

IV

Claridad

Tendió al ras de los campos su arco gigante el día,
Y rayó la alameda su dardo más viril.
En los álamos trémulos como el agua, reía
La fina luz dorada su alegría infantil.

El intrépido viento que levantaba el arco,
Acarreaba en traslúcidas olas la inmensidad,
Y rodaba como una botella por un barco,
Al bascular el ámbito de la serenidad.

Y abría hoyos azules en los bosques espesos,
Como un profundo toro con su triunfal testuz:

O lanzaba a los campos ilusorios sabuesos
Que pasaban aullando *luz, luz, luz, luz, luz, luz....*

V

Nubes

Y largó el cielo el trapo de sus nubes lejanas,
Y bogó viento en popa como un franco bajel,
De azul embanderando quiméricos mesanas,
Y embarcando las selvas y las cumbres en él.

Y ora surgía entre aguas de ópalo la admirable
Torre de porcelana que habita el Gran Mongol,
O bien una amazona desnuda como un sable
En su corcel marmóreo y espumoso de sol;

Y el país de las perlas, y el país de la plata,
Y otro mucho más bello que era un reflejo ya.
Llegó un témpano inmenso, pasó una catarata,
Y el lento azul se abría más allá.... más allá....

VI

Pleno Sol

El calor, de vibrante, parecía sonoro.
El cielo era una tenue soflama de alcohol.
Y la siesta como una gruesa castaña de oro
Se entreabría en el ámbito, crepitada de sol.

Bajo el soto cuya íntima sombra la espiaba, acaso,
Palpitante en la linfa vivaz del manantial,
La náyade torcía su trenza de oro al paso,
Y era el agua desnuda su cuerpo de cristal.

Una lánguida brisa, pálida entre sus tules,
Corriendo por los campos a su azaroso albur,
Removía en los céspedes suaves platas azules,
O en un largo carrizo silbaba al viento Sur.

La siesta declinaba, y en la aguja vibrante
De un noble álamo, el trino del jilguero feliz,
Desmenuzaba claros maíces de diamante,
Anunciando a los surcos el oro del maíz.

En generoso aliento se exhalaba el tomillo.
La tarde puso un poco de rosa en su pincel.
Y un haz de sol poniente, ya manso y amarillo,
Se tendió ante la casa como un largo lebrel.

Buenos Aires, 1916.

LEOPOLDO LUGONES

(*La Nación.*)

En el subsuelo

AQUELLA invasión de isleños los mantenía heridos. La mayoría de los males databa de cuando ellos vinieron; y por todo eran odiosos aquellos blancos *pata-amarilla*, hambrientos, avaros, de áspera habla, como un carro por un pedreguyal, y siempre trabajando como burros de carga. Y así, los negros mal veían la runfla de isleños llegada a Barlovento. Muchos eran ya medianeros, y hablaban de ir cogiéndose las haciendas, poco a poco, trabajando, eso sí, trabajando porque no se cansaban. Eran hechos al mazo. No iban a jolgorios, y al alba, en pie para la faena, indiferentes al calor, poderoso a rendir el más recio. Pero ellos, ni nada... Casi ayer habían llegado, y ya sus productos copaban las ventas; y hasta algunos del pueblo los querían, sin pararse a medir cómo habían acaparado cuanto daba dinero. Pero siempre es así: lo de fuera es mejor.

En las mañanas, camino de Río Chico, los carros y los burros, cargados de toda suerte

dr frutos menores, volátiles, tejidos, de cuanto podía trocarse por dinero en el mercado; y por el ancho Tuy, en los alijos, el cacao para más allá, para Europa, como un testimonio de la victoria del esfuerzo y la constancia sobre un teatro años antes ajeno. Los orilleros del Tuy, los habitantes de las haciendas, los de los vecindarios, por entre los cuales, como una arteria ruda, iba el camino, gritaban al pasar carros y burros y alijos:

—Ahí va lo de esos ladrones!

A veces, sobre la madrugada, volviendo de un *carite* sonaban diálogos así:

—Juan Asunción, ¿ya tú agüeitaste? El isleño José Vera compró en la Cruz del Perro le pulpería de ña Tomasa; y Chemaría jué allá como antes, y no le fiaron. ¿No digo?

—Lo quieren too...

—Caray...

—¿Tú vas a dormí?

—Sí, pa gorbé...

—Mañana lo entierran...

O este otro:

—¿Vistes al más grande e los dos?

—Sí, oh! Quiere sé autoridás.

—Ese es er medianero de Tomasito Henández.

—Ya ni saluda... Pero a too cochino le llega su sábado...

Y los negros se dispersaban para sus ranchos desperdigados entre los cacahuales.

Aún viven como al día siguiente del trasplante. En la faja caliente y húmeda de Barlovento encontraron un pedazo de su patria de fuego. Su pereza halló una excusa en el tórrido aliento, y su sér esclavo, bajo el rozador del mayordomo, no tuvo memoria de otra pena que la del salteamiento, y luego, la del mal del mar en la travesía larga. Al pisar tierra, el ganado humano halló lo de su gusto: el calor africano y el grito del amo. Y así es Barlovento, corazón adentro, un pedazo del señorío de Luango.

Inaptos para otra industria, fuera del primitivo laboreo de haciendas y el sencillo plantar de plátanos, no dan con éxito en más cosas, y de aquí parte en mucho el vasallaje. Los aturde, en veces, el soplo rudo de la guerra. Cázalos la recluta. Marchan, ojo al soslayo, al monte, y cuando cae la noche ya huyeron a sus ranchos. Pocos gozan con que se les copie en la pupila clorótica la roja fulguración de una batalla: no aman la contienda sangrienta: y no dominando el medio por la

labor del brazo, se les hace imperiosa la defensa como haya lugar.

Aquellos isleños ¿qué querían? Cogérselo todo... Habíanle señalado nuevo precio a las cosas que de antiguo lo tenían fijo. Dos manos de cambures dos reales. Caro era; pero se los pagaban, porque, decían ellos, los cambures eran más gordos y tenían más azúcar. Y los vendían siendo caros.

En Panaquire había uno, dueño de pulpería, de una faja de cacao y con buena amistad en Río Chico. Pero, ¿quién lo quería? Nadie, ninguno lo veía bien. Si le debían, cobraba ásperamente: cobro lo mío. ¿Hacía limosnas? Conchas de queso, harina de papelón, orillas de cazabe, y gracias; y no para todos. Jamás vestía de limpio. Por fiestas no portaba... Así todos tenemos. ¡Qué gracia! ¿No se negó una vez a dar para una fiesta del Gobierno? Y otra vez ¿qué dió para una cruz de mayo? No lo pasaban los negros... Ya se sabía que era nieto de un canario judío; y... algo más; y... algo más...

Pero no le importaba a Juan Bracho aquel zumbar de moscardones. Trabajaba de mañana a tarde de la noche, alegre siempre y respetaba al Jefe Civil y al Cura. ¿Que iba acrecen-

tando el negocio? Claro, porque vendía más barato y no fallaba en la pesa. No tenía libra emplomada. Vendía como era de ley y se movía...

Era hijo de isleño venido al país cuando Guzmán Blanco ensayaba la inmigración. De padre a hijo, y por instinto de raza, el ahorro era un culto en él, y sabía cuánto esfuerzo entraña una moneda. Con él, como con todo extranjero, hacía contraste el criollo manirroto, ya fuese este negro, indio, blanco o mulato, o de otro cualquier matiz. Y por ésto, tanto como por lo otro, vivir regular, trabajo continuo y genio industrial, Juan Bracho no era querido en Panaquire. Pero a él ¿qué? En el medio muelle, su actividad vencía. Sin darse cuenta, en él cumplíase la ley de la singularidad: señoreaba un teatro del que era el reverso. Mas el odio de los vencidos crecía a la par del éxito. Si nadie podía aguantarlo; y tan hostil al Gobierno. Y no era él solo; también los otros regados por todo Barlovento, que ya reputaban como cosa propia. Ellos y los chinos... lo mismo. Y rugía el odio en torno a Bracho como la voz de una tormenta próxima.

Una revolución movía el país. Para el éxito

cada adversario ponía manos en donde había un resorte. A Barlovento arribó el incendio y el salteo de la recluta sembró el espanto en las haciendas. Los revolucionarios no paraban sintiendo la victoria, y respondían a la voz partidaria con dinero, comisiones y cosas similares; poca sangre sí daban.

Con el negro Alfonzo, Jefe Civil de Panaquire hablaban otros:

—Juan Bracho no cabe en la cotonía.

—¿Y que no era revolucionario?

—El no es nada—decía Alfonzo.

—Créele a isleño.

—Tiene carta. Lo dice el dependiente.

—Veremos—decía Alfonzo—y la pulpería del isleño se le pintaba en los ojos. El, más que los otros, tenía a Bracho ojeriza. Debíale un cuentón que el otro no cobraba.

En tanto, Juan decía siempre:

—No me meto en política. Eso no es mi negocio—y de verdad no estaba nada.

—De los dientes pa jueira—le respondían los negros.

Una mañana, preso Juan Bracho; la pulpería cerrada; requisita rigurosa e incomunicado por revolucionario.

—Tenían razón ustedes—decía el negro Al-

fanzo riéndose.—¡Ah! isleño...

—Y que no se metía...

El impuesto no se hizo esperar; y sobre el impuesto, hubo un denunció: Juan Bracho tenía armas y cápsulas. Alfonzo voló a la pulpería, y tras de unos barriles encontró un parque: dos máusers, una escopeta, cápsulas, guáimaras y pólvora. Ya no había dudas: Juan Bracho era revolucionario. Y como la guerra se hace con lo del enemigo, a la pulpería le fué quedando el esqueleto de los anaqueles; sin una sola almendra el cacaoal, y sin amparo Juan.

—Alifonzo; niega ahora que el isleño taba en la cosa—decían los negros.

—Sí ¡oh! ¡isleño? mala res—y Alfonzo reía, picando un ojo.

El terrible Juan había ido a parar a Río Chico. La cárcel se hallaba plena: los más de los presos eran isleños.

Días después una goleta remolcada por un vapor, conducía los presos a La Guaira. El Jefe Civil de Panaquire exponía al Gobierno la necesidad de extirpar el cáncer de aquel partidarismo que iba minando a Barlovento. Sólo la actividad desplegada por él, había impedido el poderoso alzamiento tramado por

el isleño Juan Bracho a quien se le halló un cuantioso parque; y pedía se fijase la atención en el poderoso incremento tomado por aquella gente perjudicial.

Pasó tiempo.

—Compae Alifonzo ¿por cuánto le vendió Juan Bracho el piajito e hacienda?

—Carazo! Y eso que lo sarbé de un Castillo!

—La pulpería fué a volá.

—Esa gente es muy bruta; alzace, con propiedad.

—Y no güerben po aquí.

—¿Pa qué?

—Lo querían cojé tóo. Ya pa úno no había. Las cosas se han compuesto...

—Guá! Y pa qué es la autoridás?

Y Alifonzo, manoseando un sable encintado de amarillo, puso los pies en la mesa del Despacho.

—Alifonzo: con túpano no hay ni mar morena...

—Ahora tamos tranquilos.

—Taban en toas partes.

—Eso y que era la migración... Pero toos han migrao de aquí—y Alfonso enseñó las treinta y dos piezas de su boca ancha como la de un mapire.

—Si ¡oh! la migración—dijeron en coro los demás dialogantes.

A poco se enrumbaron para sus ranchos al favor de la luna cuya lumbre caía como un velo argenteo sobre los cacahuales. Tres, ya distanciados, rompieron en diálogo a gritos:

—¿Vas al *carite* de Juan Domingo?

—Ar gorpe e dos.

—Ya tiene dos hervías.

—Pa mañana aguanta y....

Un pronto vuelo de viento caliente, venido de corazón adentro de las haciendas, se llevó el resto del diálogo.

Y así viven, como al día después del trasplante. A veces, úno rompe el nivel mostrando una virtud guerrera; una aptitud industrial; una razón de personería; pero en vez de empujar para el progreso, restallan como en desquite, el foete de una tiranía lúgubre sobre los hombros de sus propios compañeros; esclavos de un atavismo bajo, incólume en el torrente de su sangre para la cual no ha habido un solo soplo de civilizador oxígeno; con la cual no se ha mezclado otra sangre. A sus almas estrechas y sombrías, bástaes la fuerza prestigiosa del bárbaro amuleto para la gala de sus carnes, la bujería vistosa; curan

sus cuerpos la yerba y la raíz cortadas por los brujos en mitad de la noche, cuando más zumba el viento y las aves agoreras dejan en el ramaje sus gritos estridentes: sóbrales para el sustento el plátano de sencillo cultivo, y fincan el colmo de la labor en el fácil beneficio de haciendas. Elemento eficiente de la convulsa alma nacional, bien poco ha dado fuera de su aptitud física para la resistencia al trópico. El fondo ancestral de la sangre late en el aporte de la suya con un lento ritmo fatal.

BALTAZAR VALLENILLA LANZ

(De Venezuela.)

Guerra y milicia

EN uno de sus últimos escritos decía Wells, el tan conocido novelista y fantaseador—o sea profeta—inglés, que execra la guerra porque es una cosa aplanante. “Es un insoportable aburrimiento—escribía.—La guerra y la preparación para la guerra, los impuestos, el ejercicio, la instrucción en toda la actividad libre, la detención y el arrecimiento de la vida, la obediencia a gentes de tercer orden vestidas de uniforme, de que los alemanes han sido los infatigables protagonistas: todo esto ha llegado a ser una llaga para la humanidad entera.”

Por mi parte, lo he dicho más de una vez y lo repetiré cuantas veces lo crea necesario: execro del militarismo más que de la guerra. No es la guerra lo que me repugna; es su organización técnica, es su mecanización. Así como puede haber un hombre y hasta un pueblo entero que sean religiosos, muy religiosos, profundamente religiosos y anticlericales, puede haber un hombre o un pueblo que sean belicosos y antimilitares. Los cuáqueros son religiosos y rechazan todo sacerdocio.

Así como hay quienes han sostenido que es el sacerdocio el que pervierte la religión no faltará quien sostenga que es la milicia profesional la que pervierte la guerra. Las almas religiosas adogmáticas y antisacerdotales sienten que no necesitan medianero para comulgar con su Dios, y los espíritus belicosos atávicos y antimilitares sienten que pueden pelear la pelea del mundo, hasta la cruenta cuando sea preciso, sin alzar esa casta guerrera. El día en que todos seamos sacerdotes y todos soldados se habrán acabado el sacerdocio eclesiástico y la jerarquía militar. ¿Es esto posible?

La verdad es otra y es que desgraciadamente ni se puede mantener una religión sin una especie de sacerdocio y una de teología y una iglesia, ni se puede estar preparado para la guerra o contra ella sin una especie de ejército y una de estrategia y una casta militar. Porque así como el ejército puede ser y a las veces es, por interna dialéctica de aparentes contradicciones, una preparación contra la guerra, una iglesia y una teología suelen ser una disposición contra la religión. Los pueblos se entregan a un sacerdocio para no tener que pensar su religión; delegan en él la preocupación del destino último del hombre. Y los pueblos se entregan a una milicia para no tener que cuidarse por sí mismos de la guerra. Y de aquí que nadie rehuya más el sacerdocio y la teología que el más profundamente

religioso, ni nadie rehuya más el ejército y el militarismo que el hombre de veras belicoso y guerrero.

Dejo para otra ocasión el desarrollar más apretadamente esto de que el clero y la iglesia sean los mayores enemigos de la religión y, sin embargo, ésta no puede subsistir sin ellos y su apoyo, y que el ejército y la milicia sean los mayores enemigos de la guerra, siendo así que son los que la hacen. La hacen y la deshacen. Y ahora prosigo.

He sostenido aquí en España; campañas contra las corridas de toros, pero nunca tomándolas por el lado de la crueldad y del derramamiento de sangre. No es lo bárbaro de las corridas lo que en ellas me repugna: es lo tonto. Confieso que no soy demasiado sensible a los sufrimientos del caballo de pica o a los del toro lidiado y menos a los del torero a quien el toro coge y despanzurra, ya que él por no trabajar buscó ese peligro. Hasta creo más y es, con Próspero Merimée, que la mayor dicha para un lidiador es morir gloriosamente en la plaza. ¿Para qué quiere ese bárbaro sobrevivir a su gloria? Lo que me repugna en los toros es la desesperante simplicidad del espectáculo y su estupidez. El más obtuso y negado de los aficionados puede llegar a ser un gran *inteligente* en tauromaquia. Hay *inteligentes* en este arte—llamémosle así, y menos mal que no le llaman ciencia—que no tienen más inteligencia que una rana. Lo

que me repugna de los toros no es el espectáculo sino el tiempo y el espíritu que se malgasta hablando de ellos y de la lidia. Lo dije ya: si yo fuese autócrata duplicaría el número de las plazas de toros y las ensancharía pagando el espectáculo de fondos públicos y dando entrada al pueblo todo, pero suprimiría todos los semanarios taurinos, prohibiría escribir y hablar de corridas y de tauromaquia, disolvería las tertulias taurinas y metería en la cárcel a los que fuesen sorprendidos comentando una lidia. ¡Que lo vean, pero que no hablan de ello! Porque esto es la manera más desastrosa de corromper la inteligencia.

¿En qué consiste que nuestro clero católico, que tanto predica y despotrica contra el teatro y la lectura, respete las corridas de toros si es que no las aplaude y recomienda? En que un drama o una comedia pueden ser heréticos, es decir, estimulantes de la inteligencia y avivadores del raciocinio, pero una corrida de toros no! Una corrida de toros es lo más ortodoxo que hay. Como que embota y embrutece y aduerme la inteligencia de los aficionados. “Y si no hablan del Belmonte y el Gallo y las verónicas y los volapiés, ¿de qué van a hablar?” me preguntaba uno. Y le contesté: “De la eucaristía, de la Santísima Trinidad, de la infalibilidad del Papa o de la confesión auricular!” Y con las corridas se va a que la gente no piense.

Y digo lo mismo de otros deportes. Pueblo entregado con pasión a ellos, ni piensa, ni siente, ni quiere lo que debe pensar, sentir y querer.

Pues algo así digo de la milicia y el militarismo. Son uno de los más terribles fundentes de las inteligencias. En nuestros cuarteles no se maltrata a los que van a aprender su instrucción militar, pero hacen todo lo posible por entontecer los oficiales, entontecidos por el ejercicio de esa enseñanza. He conocido jóvenes muy inteligentes y despiertos que al cabo de unos años de ejercer esa enseñanza y de instruir soldados, habían perdido la facultad de razonar por propia cuenta. Casi tan terrible como la judicatura, que es la profesión que más deteriora el buen juicio. Raro es el juez que a los pocos años de administrar justicia no ha caído en un estado rayano en la irracionalidad. Y con la milicia pasa algo por el estilo.

He observado aquí, durante esta guerra, que los peores profetas de lo que pasa en ella son los militares. Y los peores críticos. Se puede leer lo que de la guerra escribe cualquiera menos un oficial del ejército, y si pertenece al Estado mayor, peor aún. Todo su especialismo no es más que bambolla y pedantería. Y son los más llenos de prejuicios. Hanse empeñado en hacer secretos de cosas que están a la vista de cualquier persona inteligente que quiera mirar con atención.

Claro está que hay una técnica de ingeniería, de química, de mecánica, de geografía, etc., aplicable al arte—arte y no ciencia—de la guerra, pero eso poco tiene que ver con lo que los militares presentan como su especialidad.

En todo caso, pues que ha de haber guerras —y no creo que ésta sea la última ni mucho menos—es una inevitable desgracia el que haya ejércitos, pero éstos deben ser organizados más contra las guerras y para evitarlas que para suscitarlas.

La educación militar durante la paz es una de las cosas más deprimentes. La disciplina cuartelaria es retardataria del progreso. Como que la educación y la disciplina militares tienden a ahogar las guerras civiles—con armas o sin ellas, cruentas o incruentas—que son las guerras verdaderamente nobles y fecundas, tienden a sofocar el espíritu de revolución. Si Francia hubiese estado militarizada como Alemania, no habría surgido aquella especie de guerra civil, que fué el *affaire* Dreyfus, uno de los movimientos más nobles y más grandes y más fecundos. Un pueblo que en lucha consigo mismo por un asunto de justicia y de dignidad personal humana descuida el aperebirse a la defensa contra el enemigo común, es mucho más grande y noble que otro pueblo que acaba sus discordias intestinas —si es que el rebaño las tiene—para prepararse a agredir al vecino. Me parece innoble la unanimidad de un pueblo de presa. El lobo

que se defiende del hambre echándose sobre una ovjea no tiene luchas interiores ni combates de conciencia. Un criminal no riñe batallas consigo mismo en su corazón.

Pero un pueblo así, noblemente dividido en sí mismo, un pueblo de contradicción y de fecundas luchas intestinas, es mucho más belicoso que el pueblo militarizado. Y el pueblo belicoso, acaso con apariencias engañosas de sedentariedad y de apacibilidad sensual, cuando llega la hora de defenderse se defiende con un valor más civil y a la vez más guerrero que el valor bárbaro y militar con que el otro le ataca. Porque hay en la guerra un valor civil, hecho de conciencia y de espontaneidad, y hay otro, un valor militar, hecho de inconciencia y de mecanicidad. Avanzar codo a codo, tal vez borrachos, acaso cantando, a dejarse matar, suele ser muchas veces huir hacia adelante, huir a la muerte. Suele ser acto de desesperación o de espectacularidad. O de inconciencia de espíritu rebañego o gregario.

La retirada del heroico ejército servio, un noble pueblo guerrero y no propiamente militar, un pueblo homérico, de heroicos montañeses, es mucho más grande que todos los ataques carneriles de los alemanes a Verdum. Aquel éxodo del Rey Pedro, aureolado ya desde ahora con resplandores imperecederos de leyenda, es muy otra cosa que la fría y brutal terquedad con que el ex hombre Kronprinz lanza sus divisiones a la muerte conforme a

tales o cuales principios de la estrategia y de la táctica.

Lo he dicho y lo repito: Ni la victoria, la victoria puramente militar, que no es tal victoria y que nunca dura, ni la victoria militar vale lo que cuesta. No, no vale toda esa preparación hecha a costa de la inteligencia y de la libertad de un pueblo. Y lo peor es que el triunfo militar, puramente militar, apaga la belicosidad de un pueblo. Podrá hacerle militarista y disciplinado, pero le hace servil. Y es lo peor que tienen la milicia y el militarismo, que matan la belicosidad.

Tiene razón Wells: es cosa terrible la obediencia a gentes de tercer orden vestidas de uniforme y con galones. ¿Qué sería en un pueblo inteligente y libre, por lo tanto belicoso, un bárbaro como ese Hindenburg, que, según todo lo que de él se oye, sobre todo a sus panegiristas, tiene el mismo espíritu que su gran estatua de madera a la que están llenando de clavos? Un pueblo en que puede llegar a ser ídolo un hombre de semejante mentalidad—mejor inmentalidad—está juzgado. El entusiasmo germánico por Hindenburg es lo mismo que el entusiasmo de una parte de nuestro pueblo español por el Gallito o por Belmonte. Y no creo que Hindenburg sea superior a Belmonte, fenómeno taurino, en inteligencia ni en otras facultades.

Hablando de él, de Hindenburg, no de Belmonte, cuenta el mayor general inglés, Sir

Alfredo E. Turner (en *The Saturday Review* del 13 de este mes de mayo) que oyendo una vez a los oficiales de su Estado mayor hablar de poesía y comparar los méritos de Shakespeare, Goethe y Schiller, saltó, ya impaciente, diciendo: "Gracias a Dios, jamás me he puesto en peligro de ablandarme leyendo poesía!" ¡Qué se iba a ablandar! Ni aunque la hubiese leído. Por supuesto que hay quien parece ablandarse y no se ablanda. Paisanos tiene Hindenburg que lloran lágrimas de cerveza oyendo cantar un *lied* de Schuman, y luego llevan a cabo tranquilamente, y si se lo mandan, cualquier barbaridad, como asesinar mujeres y niños desde un zeppelin o un submarino. Con decir luego que es por deber de obediencia, está todo arreglado. Pero el bruto que entiende así el deber y la obediencia no es un alma bélica, aunque esté militarizado. El hombre belicoso es el que sabe rebelarse. Y el que no sabe rebelarse, aunque sea capaz de huir impávido a la muerte y de dejarse ametrallar cuando así le manden, es un cobarde. Hay matador de toros que expone su vida ante un miura o un veragua, y no puede decirse por eso que sea un hombre valiente, ni mucho menos. Y pudiera ser que ese bruto Hindenburg o el desgraciado Kronprinz que lanzan a sus soldados a la muerte no tengan nada de valientes y sí mucho de cobardes.

No, no creo como creen algunos ilusos que esta guerra va a acabar con las guerras. Se-

ría una desgracia que así fuese. Si contribuye a quebrantar el militarismo y su prestigio, no será poco lo que habrá ganado la causa de la civilización, que es civilidad. Y civilidad es el contrario de *militaridad*, como civilización, se opone a *militarización*. Si esta guerra contribuye a civilizar la guerra, no será poco. Porque se trata de ver si pueblos civiles, no militarizados, pacíficos aunque no apacibles, pueden preparar la victoria, improvisándola, en gran parte, frente a ejércitos de agresión y de rapiña. Porque ahora pelean pueblos, y pueblos belicosos, contra ejércitos sumisos y serviles. Si los pueblos libres, belicosos, revolucionarios, vencen, como espero y creo, a los ejércitos serviles y sometidos, volverán las guerras nobles, las guerras civiles, las discordias intestinas por el derecho y por la justicia y por la verdad. Porque no es posible que un hombre ni un pueblo inteligentes y libres se pongan nunca de acuerdo consigo mismos. No hay más que dos clases de hombres con la conciencia perfectamente unificada y unanimitada, y son los santos absolutos y los criminales por naturaleza. Y para vivir en este mundo tan malo es ser santo absoluto como ser criminal. O mejor, el santo absoluto no existe. Dicen que lo fué Jesús de Nazareth y él dice que vino a traer la guerra. Y guerra nos trajo, la más fecunda guerra, la guerra civil. "No penséis que he venido para meter paz en la tierra; no he venido para meter paz,

sino espada—dijo.—Porque he venido para hacer disensión del hombre contra su padre y de la hija contra su madre y de la nuera contra su suegra” (Mat. X, 34-35). Y otra vez: “¿Pensáis que he venido a la tierra a dar paz? No, os lo digo ¡sino disensión! Porque estarán de aquí en adelante cinco en una casa y divididos: tres contra dos y dos contra tres; el padre contra el hijo y el hijo contra el padre, la madre contra la hija y la hija contra la madre, la suegra contra la nuera y la nuera contra la suegra” (Luc. XII. 51-53).

Esta guerra fecunda y civil, de unas generaciones de un mismo pueblo entre sí, esta guerra de padres e hijos propulsora del progreso, es la que ahoga el militarismo. Cuando el bárbaro militarismo prusiano y su disciplina embrutecedora y entontecedora hayan sucumbido en la guerra, se alzar^á la venidera generación alemana contra ésta de hoy, que por cobarde obediencia le está sacrificando, y será la verdadera guerra, la civil, la noble, la fecunda, la que vino a traer el Cristo.

MIGUEL DE UNAMUNO

Salamanca, Junio de 1916.

(*La Nota*, Buenos Aires.)

El Señor Jesucristo

Mas cuando oyéreis de guerras y de rumores de guerras no os turbeis, porque conviene hacerse así; mas aún no será el fin. Porque se levantará nación contra nación, y reino contra reino; y habrá terremotos en muchos lugares; principios de dolores serán estos.... Porque aquellos días serán de aflicción, cual nunca fué desde el principio de la creación que crió Dios, hasta este tiempo, ni será.... Y entonces verán al Hijo del hombre, que vendrá en las nubes con mucha potestad y gloria.... Así también vosotros, cuando viéreis estas cosas, conoced que está cerca, a las puertas.... El cielo y la tierra pasarán, mas mis palabras no pasarán. Empero de aquel día y la hora nadie sabe, ni aun los ángeles que están en el cielo, ni el Hijo, sino el Padre. Mirad, velad y orad: porque no sabéis cuando será el tiempo.... porque no sabéis cuando el señor de la casa vendrá: si a la tarde o a la media noche, o al canto del gallo, o a la mañana.... Y las cosas que a vosotros digo, a todos las digo: Velad.

El sermón profético, Marcos 13: 7, 8, 19, 29, 31-37.

EL Señor Jesucristo!.... Este será el grito, universal, unánime, de polo a polo, de pueblo a pueblo, de confín a confín.

Tú vienes, oh Señor, Tú el Rey. Se abrirá la nube, descenderás; pondrás tus blancos pies sobre nuestros campos rojos, sobre nuestras negras ruinas, sobre nues-

tro lodo de sangre y cenizas; tus manos taumaturgas sobre la peste de nuestros corazones comidos de furias y egoísmos. ¿Cuándo, Señor?.... *No lo saben los ángeles, ni el Hijo, sino el Padre; mas, velad.* Tú lo has dicho.

Sí, Señor: velaremos, y oraremos, aun por nuestros hermanos enfermos que se cazan y asesinan: si ellos no, nosotros sí velaremos; y Tú vendrás, Tú volverás, porque Tú nos amas y nosotros te amamos.

¿Cómo decir el llanto, cómo evocar el viento de suspiros dulcísimos que por Ti suspirará toda la tierra, sobrecogida de súbito arrepentimiento cuando Tú vuelvas Espantoso y Puró? Oh, Señor Jesús, oh, Señor nuestro: todo era mentira sin Ti: sin Ti enloquecemos, pereceremos sin Ti; sólo Tú puedes salvarnos: vuelve: danos tu paz.

Danos tu paz. La misma de los cielos serenos e ilímites que Tú hiciste. En ellos, ¡cuántos mundos que Tú formaste! Todos tranquilos, ruedan en paz. Nuestras almas los contemplan con amor que mucho tiene de nostalgias y lágrimas.... ¿Por qué ésto, Señor? ¡Cuánta calma viene a nuestros corazones, negros de rencores

y crímenes, cuánta calma desciende de sus amplias esferas, que Tú determinaste! ¿Por qué así, Señor? Oh, Tú lo sabes, Tú que ya eras desde antes del principio: una misma es la Ley, Tú la hiciste: uno mismo el divino movimiento allá arriba en lo profundo y aquí dentro en lo profundo. Uno mismo el eterno movimiento en pos de Ti allá arriba en lo venturoso y aquí abajo en lo triste.

¡Oh, Señor Jesucristo, perdónanos! Tornamos a negarte, sin el llanto de Pedro; perseguímoste de nuevo, sin la sincera furia de Pablo. ¡Perdónanos, Señor, oh Señor Jesucristo! Nuevamente te escarnecemos, te escupimos, y te befamos, a Ti el Manso; nuevamente nos envilecemos y pecamos ante Ti, el puro. ¡Perdónanos! ¡Sálvanos!

Sálvanos! Satán impera; míralo: azuza huracanes de fuego, tempestades de espanto de muerte; derrumba ciudades, derrumba corazones; siembra de muertos los campos; despeña torrentes de sangre; aplasta y ahoga a los libres. ¡Somos Caín, somos Caín! ¡Sálvanos, Señor!... Tú vienes.

Tú vienes, y Tú vencerás. Lloran las madres, lloran los padres, lloran las hijas,

llora la hermana al hermano: llora el débil: llora el humilde; el niño llora al viejo, el viejo al niño; la virgen yace en el polvo, mancilla es sobre ella, y en vano llama a su muerto mancebo escogido; lamenta el amigo al amigo; el hogar ya no existe, el nido ya no es: llora todo el amor del mundo. ¡Señor, ven!

¡Ven, Señor! Ya estás a las puertas. Ven, llora el mar que te ama mejor y mejor te comprende, el primogénito de tus manos ya de lo antiguo. Ese sabe; ese te ve, porque es puro. Ven ya, Jesús: te esperamos los tristes, que Tú amas. Ven y júzganos: ¡ya están *de pié los muertos!*

LEOPOLDO DE LA ROSA.

Dic., 1915.

peseta voluamun.
De venta en las principales librerías, a una
nueva.

El, que da a conocer una obra completamente
mos, de una traducción verdaderamente lite-
cubiertas a todo color. Se trata, como ya difi-
estos tomos magnificamente presentados con
cida hasta ahora en España, se prosiguen en
tasta y el interés de esta gran obra, descono-
paña de V. Blasco Ibañez. La gracia, la fan-
del árabe por el Dr. J. C. Mardrus, versión es-
noches y una noche, traducción directa y literal
blicado los tomos 17, 18 y 19 de *Las mil y una*
La Casa PROMETEO, de Valencia, ha pu-

BIBLIOGRAFÍA

POR TRES COLONES
dos libros de poesía, variada y reconfortante literatura
708 páginas.
Número suelto: \$ 0.25
La serie de 12 cuadernos (en Costa Rica): \$ 3.00.
La serie de 12 cuadernos (en el extranjero): \$ 2.00 oro am.

Condiciones:

SAN JOSE DE COSTA RICA, C. R.
J. GARCIA MONGE
REPERTORIO AMERICANO
PUBLICADO EN CUADERNOS QUINCENALES POR

COLECCION ARIEL

PRUANDO, universalmente, la noción y
 el sentimiento de la patria se engranda-
 cen y depuran, abandonando entre las heces
 del tiempo cuanto encerraban de negativo y
 estrecho, aquí, — en los pueblos hispanoame-
 ricanos, — bien puede afirmarse que la iden-
 tificación del concepto de la patria con el de
 la nación o el estado, de modo que la tierra
 que haya de considerarse extranjera, empiece
 donde los dominios nacionales acaban, im-
 portaría algo aún más pequeño que un feti-
 chismo patriótico: importaría un fetichis-
 mo regional o un fetichismo de provincia.
 Porque si la comunidad del origen, del rito-
 ma, de la tradición, de las costumbres, de
 las instituciones, de los intereses, de los des-
 tinos históricos y la contigüidad geográfica,
 y cuanto puede dar fundamento real a la
 idea de una patria, no bastan para que el
 lenguaje del corazón borre, entre nuestros
 pueblos, las convencionales fronteras y de
 nombre de "patria" a lo que no lo es en el

El concepto de la patria

COLECCION ARIEL

133
 Indio
 pag 233

COLECCION ARIEL

REPERTORIO AMERICANO

PUBLICADO EN CUADERNOS QUINCENALES POR

J. GARCIA MONGE

SAN JOSE DE COSTA RICA, C. A.

Condiciones:

La serie de 12 cuadernos (en Costa Rica): \$ 3.00.
 (en el Extranjero): \$ 2.00 oro am.

Número suelto: \$ 0.25

708 páginas,

dos libros de esquadra, varada y rescontrante literatura
POR TRES COLONES

BIBLIOGRAFIA

La Casa PROMETEO, de Valencia, ha pu-
 blicado los tomos 17, 18 y 19 de *Las mil y una*

noches y una noche, traducción directa y literal

del árabe por el Dr. J. C. Mardrus, versión es-

pañola de V. Blasco Ibañez. La gracia, la fan-

tasta y el interés de esta gran obra, descono-

cida hasta ahora en España, se prosiguen en

estos tomos magníficamete presentados con

cubiertas a todo color. Se trata, como ya dijo-

mos, de una traducción verdaderamente lite-

raria, que da a conocer una obra completamente

nueva.

De venta en las principales librerías, a una

peseta volúmen.

habla política, ¿dónde hallar la fuerza de la naturaleza o la voz de la razón, que sean capaces de prevalecer sobre las artificiosas divisiones humanas?

Patria es, para los hispano-americanos, la América española. Dentro del sentimiento de la patria cabe el sentimiento de adhesión, no menos natural e indestructible, a la provincia, a la región, a la comarca; y provincia, regiones o comarcas de aquellas patrias nuestra, son las naciones en que ella políticamente se divide. Por mi parte, siempre lo he entendido así. La unidad política que consagra y encarna esa unidad moral, —el sueño de Bohvar, —es aún un sueño, cuya realización no verdán quiza las generaciones hoy vivas. ¡Qué importa! Italia no era solo la expresión geográfica de Metternich, antes de que la constituyeran en expresión política la espada de Garibaldi y el apostolado de Mazzini. Era la idea, el nimen de la patria; —era la patria misma, consagrada por todos los óleos de la tradición, del derecho y de la gloria. La Italia, una y personal, existía: —menos corpórea, pero no menos real; menos tangible, pero no menos vibrante e intensa, que cuando tomó contorno y color en el mapa de las naciones.

Los niños juegan a la guerra...

Los niños juegan a la guerra. En estos días de fiebre belicosa, los niños glosan las batallas.

! Es triste!

En una fotografía aparecen algunos pequeños alemanes cantando victoria, por haber apresado un diminuto cañón en el burlesco asalto. Los demás camaradas, tendidos en tierra, se ríen sin vida.

Los niños no ignoran, pues, que en las batallas hay vencidos y hay muertos. Tal vez, alguno de ellos perdió al hermano o al padre en la lucha verdadera...! Y aún juegan a la guerra!

Las esposas, las madres de los sacrificados, ¿no temblarán al ver cómo florece en los corazones cándidos el odio y la exaltación que hoy se extienden por la vieja Europa, asolándola?

Decir niño, es decir ternura, esperanza, unión. Velar el sueño de un niño es purificarse, conducirle de la mano; es saber ser fuerte, protector, piadoso; interpretar su balbuceo pueril es ennoblecér la experiencia con los iridiscentes blasones del candor.

habla política, ¿donde hallar la fuerza de la naturaleza o la voz de la razón, que sean capaces de prevalecer sobre las artificiosas divisiones humanas?

Patria es, para los hispano-americanos, la América española. Dentro del sentimiento de la patria cabe el sentimiento de adhesión, no menos natural e indestruíble, a la provincia, a la región, a la comarca, y provincias, regiones o comarcas de aquella gran patria nuestra, son las naciones en que ella políticamente se divide. Por su parte, siempre lo he entendido así. La unidad política que consagra y encarna esa unidad moral, —el sueño de Bolívar,—es aún un sueño, una realización no verdán quizá las generaciones hoy vivas. ¡Que importa! Italia no era solo la expresión geográfica de Metetrnich, antes de que la constituyeran en expresión política la espada de Garibaldi y el apostolado de Mazzini. Era la idea, el nuncen de la patria,—era la patria misma, consagrada por todos los oleos de la tradición, del derecho y de la gloria. La Italia, una y personal existía.—menos corpórea, pero no menos real; menos tangible, pero no menos vibrante e intensa, que cuando tomó contorno y color en el mapa de las naciones.

En la antigua parábola, Jesús de Galilea llama a los niños a su lado, y Jesús es amor, paz y misericordia.

Los niños, con las espadas y los cascos guerreros, con el gesto amenazador y el odio hacia el hermano que se inicia en la lucha es algo triste, como una injusticia.

¡Oh, los niños copiados por Greuze, que duermen descalzos en el tibio regazo de la madre! Los que juegan, con un perro noble y sumiso; los que corren a orillas del mar azul; los que aprenden los nombres de los árboles trepando por sus ramas; los que leen las primeras páginas en Virgilio. ¡Oh, los niños que compadecen a sus amigos desgraciados!

Los días de los héroes inconscientes pasaron. Hoy la guerra es ciencia, es cálculo y estrecha disciplina. Contra el auto-ametrallador, o la trinchera de cables eléctricos, ¿qué valdría la adolescente arrogancia del fiero Enrique Monmouth?

Hoy no basta el milagro, ni salva la superstición: Santiago, sobre el blanco corcel, ya no mata moros, y en el cielo nocturno, la cruz de Constantino no irrada a la lenta.

Perdida la fe en las antiguas fábulas, ¿por qué grabar en el corazón de los niños—que es, como una paloma dormida—el lambel de la astucia, el odio y la venganza?

En la antigua parábola, Jesús de Galilea llama a los niños a su lado, y Jesús es amor, paz y misericordia.

Los niños, con las espadas y los cascos guerreros, con el gesto amenazador y el odio hacia el hermano que se inicia en la lucha es algo triste, como una injusticia.

¡Oh, los niños copiados por Creuze, que duermen descalzos en el tibio regazo de la madre!... Los que juegan, conatos, con un perro noblote y sumiso; los que corren a orillas del mar azul; los que aprenden los nombres de los árboles trepando por sus ramas; los que leen las primeras páginas en Virgilio. ¡Oh, los niños que compadecen a sus amigos desgraciados!

Los días de los héroes inconscientes pasaron. Hoy la guerra es ciencia, es cálculo y estrecha disciplina. Contra el auto-amezalladora, o la trinchera de cables eléctricos, ¿qué valdría la adolescente arrogancia del fero Enrique Monmouth?...

Hoy no basta el milagro, ni salva la superstición: Santiago, sobre el blanco corcel, ya no mata moros, y en el cielo nocturno, la cruz de Consantino no irrada alentadora. Perdida la fe en las antiguas fábulas, ¿por qué grabar en el corazón de los niños—que es, como una paloma dormida—el lambel de la astucia, el odio y la venganza?

Enternece más la aparición de Marco Aurelio, infante, tendiendo una red bajo el trapecio de los gimnastas, que su paso por la vía Sacra, fustigando la piafante cuadruga, cuando—recubierta por la purpura de los Césares,—dirigíase a la *Egipcia*, sobre el fulgido carro. Los niños guerreros se harán hombres rencoresos y tachtornos, si llega la derrota para su patria, y si el triunfo, serán altaneros y serán despotas. ¡Y el triunfo es todavía un enigma indescifrable!

La Victoria de Samotracia, extiende sobre la proa del navío sumergido sus alas enormes y augurales. Pero los dioses—¡sabios dioses!—han querido dárnosla mutilada, para que ignoremos hacia qué reino miraban un día las ignotas pupilas de la deidad suprema.

ADELA CARBONE

El plagio

HAY un tiempo después que hubo concluido el último capítulo de mi obra sobre los Pintores Modernos, tuve conocimiento por uno de los miembros de mi clase en el Colegio de los Hombres de Trabajo, de los interesantes y poderosos poemas de Emerson. Y hay en varios de esos poemas algo tan semejante a diversas partes del capítulo mencionado, aun relativamente a la expresión, que, sin embargo de que yo generalmente no cuido de justificarme del cargo de plagiatario, considero que son necesarias en este caso algunas palabras de explicación.

Repito que en general no me justifico, porque se cómo se descubre en mi trabajo consistencia interna de su originalidad, tan pronto como la gente se cuido de examinarlo: y si no lo hace, o no tiene penetración suficiente para distinguir la obra genuina de la obra copiada, mi sola aserción no bastaría para convencerla, sobre todo porque el cargo de plagiatario es casi siempre hecho principalmente por plagiatarios y por personas de la desdichada especie que no cree en la honradez si no se la pone

en evidencia incontestable. No obstante, como mi trabajo está tan fuera de lo actual y realizado entre pinturas, que tengo apenas tiempo de leer muy pocos libros modernos y estoy por conseguir en mayor peligro que los demás de repetir, como si fuera nuevo, lo que otros han dicho, será bueno hacer constar que cualquier semejanza plagio aparente, resulta del hecho de que mis escritos son más originales de lo que yo mismo quiero que sean, de que he realizado mi objeto, en una inevitable, más para mi perniciosa ignorancia, del trabajo de los demás. Por otra parte, sería muy triste para mí el no haber estado constantemente bajo la enseñanza y la influencia de los escritores a quienes amo: y soy incapaz de decir hasta que punto mis pensamientos han sido guiados por Wordsworth, Carlyle y Helps, a quienes (con Dante y George Herbert, entre los antiguos) debo más que a cualesquiera otros escritores: más que a todos tal vez, a Carlyle, a quien leo tan constantemente que, sin ponerme de propia voluntad a imitarlo, me encuentro perpetuamente siguiendo sus formas de expresión y diciendo muchas cosas en una "enteramente otra" y empero, más fuerte manera, de la que hubiera adoptado hace algunos años: como también hay cosas que espero estén dichas más clara y simplemente que antes, gracias a la influencia del bello y apacible inglés de Helps. Sería tanta locura como error empeñarse en desta-

de explicación. Repito que en general no me justifico, porque se cómo se descubre en mi trabajo, cons-tancia interna de su originalidad, tan pronto como la gente se cuide de examinarlo: y si no lo hace, o no tiene penetración suficiente para distinguir la obra genuina de la obra copia-da, mi sola aserción no bastaría para convencerla, sobre todo porque el cargo de plagio es casi siempre hecho principalmente por plagiaros y por personas de la desdichada especie que no cree en la honradez si no se la pone

El plagio

EL UN tiempo después que hubo concluido el último capítulo de mi obra sobre los Pintores Modernos, tuve conocimiento por uno de los miembros de mi clase en el Colegio de los Hombres de Trabajo, de los interesantes y poderosos poemas de Emerson. Y hay en varias partes del capítulo mencionado, aun relativamente a la expresión, que, sin embargó de que yo generalmente no cuido de justificar me del cargo de plagio, considero que son necesarias en este caso algunas palabras

car influencias de esta clase, porque ellas constituyen principalmente en una real y saludable ayuda: porque el maestro, tanto en el arte de escribir, como en el arte de pintar, enseña ciertos métodos de lenguaje que fuera ridículo y aun atectado no emplear, una vez que han sido demostrados: justamente lo propio que habría sido ridiculo en Bonifacio negar a emplear el método del Ticiano para aplicar los colores, si comprendia que era el mejor porque no hubiera sido el quien lo descubriera. Existe toda la diferencia del mundo entre el recibir de guía o consentir de influencia la voluntaria imitación y mucho más el propio. La guía puede aun inocentemente llegar hasta tonos locales del pensamiento y de hacerlo hasta cierto punto: de modo que encuentro el fuerte pensar de Carlyle mucho do el mio continuamente y sentiria mucho que así no fuera, pues de otro modo lo habria sido sin provecho alguno. Pero cuanto yo tengo mio, está todo en mi trabajo y mejorado, con mucho, me parece, que lo habria hecho antes. Bien así como si escuchara en el ingenio y en la sátira de los escritores populares de nuestros dias, encontraremos que la *manera*, en todo lo que tiene de distintiva, se le debe siempre a Dickens: y que de su primera, exquisita ironía salieron como raras otras innumerables formas de ingenio, que varian con las disposiciones de los escritores originales en su asunto y en su substancia

pero que nunca se habrían expresado como lo hacen ahora, si no es por Dickens.

Mucha gente supondrá que debo al Kosmos de Humboldt y a las Escenas Rurales de Howitt, varias de las ideas emitidas en mis estudios sobre el Paisaje. Soy deudor al libro del señor Howitt, de mucho placer, pero no de sugerión alguna, puesto que no vino a mis manos sino después que aquellos estudios estaban impresos. Habría deseado lo contrario, pues me hubiera gustado mucho tomar nota más extensa del Paisaje de Teócritto, acerca del cual se detiene el señor Howitt con justo deleite. Otras partes del libro son muy sugestivas y provechosas para el lector que se cuida de proseguir el asunto. Del Kosmos de Humboldt, oí hablar mucho cuando salió la primera vez y me dí prisa en conocerlo: pero viendo que no contenía materiales relacionados con mi asunto, que yo no poseyera, nunca hice referencia a él en mi trabajo. Puedo estar equivocado en mi apreciación sobre este libro, pero ciertamente, no le debo nada en absoluto.

También se dice a menudo que yo copio a Pugm. En cierta ocasión recorrí los Contrastes de Pugm, en la Biblioteca de Arquitectura de Oxford, durante una tarde en que estaba desocupado. Sus "Observaciones acerca de los artículos del *Kamblér*" vinieron a mi conocimiento por algunas de las Revistas. Nunca caí una palabra de ningún otro de sus tra-

car influencias de esta clase, porque ellas consisten principalmente en una real y saludable ayuda: porque el maestro, tanto en el arte de escribir, como en el arte de pintar, enseña ciertos métodos de lenguaje que fuera ridículo y aun afectado no emplear, una vez que han sido demostrados: justamente lo propio que habría sido ridículo en Bonifacio negarse a emplear el método del Ticiano para aplicar los colores, si comprendía que era el mejor, porque no hubiera sido el quien lo descubrió. Existe toda la diferencia del mundo entre recibir de guía o consentir de influencia y la voluntaria imitación y mucho más el plagio. La guía puede aun inocentemente llegar hasta tonos locales del pensamiento y debe hacerlo hasta cierto punto: de modo que yo encuentro el fuerte pensar de Carlyle coloreando el mío continuamente y sentiría mucho que así no fuera, pues de otro modo lo habría leído sin provecho alguno. Pero cuanto yo tengo mío, está todo en mi trabajo y mejor traído, con mucho, me parece, que lo habría hecho antes. Bien así como si esculcamos en el ingenio y en la sátira de los escritores populares de nuestros días, encontraremos que la *manera*, en todo lo que tiene de distintiva, se le debe siempre a Dickens: y que de su primera, exquisita ironía salieron como ramajes otras innumerables formas de ingenio, que varían con las disposiciones de los escritores, originales en su asunto y en su substancia,

bajos, pues no sentía, a causa del estilo de su arquitectura, ningún interés por sus opiniones. He hablado tan amenuado en mi obra sobre los Pintores Modernos, de la pintura de Holman Hunt "La Luz del Mundo", que bien puedo en este sitio echar una ojeada sobre el envidioso cargo que se la hace de haber sido plagiada de un grabado alemán.

Es, en efecto, verdad, que existía una pintura del asunto: y no había, por supuesto, pinturas de la Natividad antes del tiempo de Rafael, ni de la Última Cena anteriores a la de Leonardo, pues si no, estos maestros no habrían podido reclamar la originalidad. Pero lo que era aún más singular—el verso que se trataba de ilustrar es: "Ved! Estoy en la puerta y toco"—La principal figura en el cuadro anterior estaba tocando en una puerta, tocaba con la mano derecha y tenía el rostro vuelto hacia el espectador! Más aún, vestía un largo manto, que le bajaba hasta los pies! Todas estas circunstancias son las mismas en la pintura del señor Hunt: y como las probabilidades evidentemente eran cien contra una de que si, él no hubiera aprovechado las ideas del artista alemán, habría representado la figura *no* tocando en puerta alguna, volviendo al espectador la espalda y vestida con su manto corto, el plagio se consideró evidentemente demostrado. Naturalmente, no es posible defensa alguna en caso tal. Todo lo que puedo decir es que estaré sinceramente agrada-

S A

La se

La se

dos l

MEH

G A

La

título

pacio

bro l

bajos, pues no sentía, a causa del estilo de su

arquitectura, ningún interés por sus opiniones.

He hablado tan amenudo en mi obra sobre

los Pintores Modernos, de la pintura de Hol-

man Hunt "La Luz del Mundo", que bien

puedo en este sitio echar una ojeada sobre el

envidioso cargo que se le hace de haber sido

plagiada de un grabado alemán.

Es, en efecto, verdad, que existía una pintu-

ra del asunto: y no había, por supuesto, pin-

turas de la Natividad antes del tiempo de

Rafael, ni de la Última Cena anteriores a la

de Leonardo, pues si no, estos maestros no

habieran podido reclamar la originalidad. Pe-

ro lo que era aún más singular—el verso que

se trataba de ilustrar es: "Ved! Estoy en la

puerta y toco":—La principal figura en el

cuadro anterior estaba tocando en una puer-

ta, tocaba con la mano derecha y tenía el ros-

tro vuelto hacia el espectador! Mas aún, ves-

tía un largo manto, que le bajaba hasta los

pies! Todas estas circunstancias son las mis-

mas en la pintura del señor Hunt: y como las

probabilidades evidentemente eran cien contra

una de que si él no hubiera aprovechado las

ideas del artista alemán, habría representado

la figura no tocando en puerta alguna, vol-

viendo al espectador la espalda y vestida con

su manto corto, el plagio se consideró eviden-

temente demostrado. Naturalmente, no es po-

sible defensa alguna en caso tal. Todo lo que

puedo decir es que estaré sinceramente agra-

decido a cualesquiera otras personas incon-

venientes, que adapten de la misma manera al-

gunos otros grabados alemanes más.

Finalmente, respecto al plagio en general,

debe recordarse cómo todos los hombres que

mente ayudados o favorecidos: les enseña to-

da persona con quien se reúnen, les entriñe-

mas grande es aquel que mas frecuentemente

ha sido ayudado: y si el proceso de las obras

realizadas por todos los entendimientos hu-

manos pudiera ser trazado hasta sus fuentes

rales, se vería cómo el mundo ha sido puesto

mas a contribución por los hombres de mas

original poder y cómo cada día de su existen-

cia aumentaba la deuda para con su raza,

mentras ésta engrandecía los dones recibidos.

La labor consagrada a trazar el origen de

algún pensamiento o de alguna invención de-

berá comúnmente ser llevada hasta la propo-

sición en blanco de que nada hay nuevo bajo

el sol. Empero lo que es realmente grande no

puede ser copiado en su totalidad: y es gene-

ralmente el más sabio y es siempre el más fe-

liz, quien recibe simplemente, sin cuestiones

de la envidia, todo lo bueno que se le ofrece,

con gracias para aquel de quien inmediata-

mente lo recibe.

(Traducción de José Austria.)

JOHN RUSKIN

Los amores de la Princesa de Clermont

Una novela de amor que parece una pastoral, inicia los amores de Mlle. de Clermont y del duque de Melán, un gran señor de alto linaje y una Princesa de sangre real. Nada faltó a ese idilio encantador y sentimental, ni el cuadro allegre, ni los dulces juramentos, ni las citas en la alquería! Y para completar la semejanza con aquellos amables relatos del siglo XVIII que tanto agradaban a nuestros padres, el héroe encuentra la muerte en un dramático accidente, ante los ojos de su amante desesperada e inconsolable.

Brillante, ligero, frívolo, siempre cerca de las bellas, cuyos rigores como nadie sabía desarmar, el duque de Melán fue durante largo tiempo voluble, el amor lo transformó y el libertino de otros tiempos fue súbitamente fiel desde el mismo día en que Ana de Borbón le dio su corazón. El retrato de la adorable Princesa conservado en el palacio de Chantilly, en la gran galería, basta para explicar esa fidelidad, que llenó de admiración a la corte y a la ciudad.

Esse retrato es un gran cuadro de grandes di-

mensiones, que representa a una joven en traje

mitológico y en todo el esplendor de la belleza;

reclinada sobre el césped, descansa con languido

abandonno, el brazo derecho apoyado sobre una

urna de la que se escapa el agua en abundancia,

en tanto que su mano izquierda se extiende hacia

una copa que le presenta una náyade apenas

cubierta por una túnica que la viste y la desnuda

da a un tiempo mismo, se nos aparece divina-

mente bella, en el cuadro de una vaporosa mata-

na primavera, envuelta en un manto azul, de

pliegues flotantes que apenas oculta la rotundez

de su joven seno y la armonía pura y graciosa de

sus piernas finas y de sus torneados brazos.

Con su manto lleno de hoyuelos, su carminea-

boca de labios entreabiertos, su nariz ligeramen-

te remangada, sus admirables ojos que iluminan

el rostro deslumbrante de frescor, esa joven dio-

sa de las aguas y de las fontanas, parece la pro-

pia evocación de la juventud y de la gracia, de

la elegancia y de la voluptuosidad! Jamás Nat-

ier, como en esa tela, copió mejor el encanto

particular de esa época.

La divinidad de ese sitio de encantos, que es

Chantilly, es la nieta del Gran Condé, la herma-

na del duque de Borbón, Primer Ministro de

Luis el Bienamado: María Ana de Borbón, más

conocida en la historia bajo el nombre de Made-

moiselle de Clermont.

Los amores de la Princesa de Clermont

Una novela de amor que parece una pastoral,

inicia los amores de Mlle. de Clermont y del

duque de Melan, un gran señor de alto linaje y

una Princesa de sangre real. Nada faltó a ese

idilio encantador y sentimental, ni el cuadro a-

greste, ni los dulces juramentos, ni las citas en la

alquería! Y para completar la semejanza con

aquellos amables relatos del siglo XVIII que

tanto agradaban a nuestros padres, el héroe en-

cuentra la muerte en un dramático accidente,

ante los ojos de su amante desesperada e incon-

solable.

Brillante, ligero, trivial, siempre cerca de las

bellas, cuyos rigores como nadie sabía desarmar,

el duque de Melan fue durante largo tiempo vo-

luble, el amor lo transformó y el libertino de

otros tiempos fue súbitamente fiel desde el mis-

mo día en que Ana de Borbón le dio su corazón.

El retrato de la adorable Princesa conservado

en el palacio de Chantilly, en la gran galería,

basta para explicar esa fidelidad, que llenó de

admiración a la corte y a la ciudad.

Nació en París el 16 de octubre de 1697, en el bello hotel de Condé, cuya soberbia ordenanza aún se puede admirar en la calle de Babilonia, y sus padres fueron Luis III de Borbón y Mlle. de Nantes, hija legitimada de Francia, fruto de los amores de Luis XIV y de la marquesa de Montespan. Mme. de Genlis dice de ella: "La Princesa de Clermont recibió de la naturaleza y de la fortuna todos los dones y todos los bienes dignos de envidia".

Le bastó aparecer en Chantilly en el estío de 1716, ante los ojos deslumbrados de la Corte, para reunir todos los sufragios y ganarse todos los corazones. La más atrevida en los placeres de la caza era también la más graciosa en la danza, la más seductora en todas las fiestas. En todas partes, durante cuatro años triunfó: en Versalles como en Marly, en Fontainebleau como en Rambouillet; y en todas era la primera por la gracia y por la belleza.

Aquel que ella iba a preferir a los Príncipes más ilustres y aun al heredero de una corona, era el duque de Melin.

En 1722, Luis de Melin, segundo del nombre, príncipe de Epinoy, duque de Joyeuse, par y condestable hereditario de Francia, tenía 28 años. Era un señor de gran nacimiento, hermano de la princesa de Sobisa, viuda del duque Armando de La Tour. Sus éxitos le habían hecho

celebre y con el ruido de sus galanterías habia llenado la Corte y Paris. El rapto sucesivo de las dos hermanas Camargo le dió gran fama de hombre de buenas fortunas; pero su conquista mas brillante fue la de la Princesa de Charolais, que le dió como sucesor al poco tiempo a Riche-lieu y después al caballero de Baviera. Bello, es-piritual, activo, de supremo elegancia, era uno de esos libertinos encantadores y sin escrúpulos, típicos de la época de la Regencia. Familiar de las miradas reales, su intimidad con el duque de Borbón le proporcionó el mejor de los pretextos para acercarse con frecuencia a la joven Prince-sa. El habia sabido triunfar de la hermana ma-yor de ésta y no le costó mucho el hacerse amar de Ana, sencilla y sin desconfianza y cuyo cora-zón hasta entonces no habia hablado.

Los bosquecillos apartados y la cabaña de una joven lechera sirvieron de abrigo a esos jóvenes amores.

era el duque de Melin.

En 1722, Luis de Melin, segundo del nombre, príncipe de Epinoy, duque de Joyeuse, par y condestable hereditario de Francia, tenía 28 años. Era un señor de gran nacimiento, hermano de la princesa de Soubisa, viuda del duque Ar-mando de La Tour. Sus éxitos le habian hecho

Le bastó aparecer en Chantilly en el estío de 1716, ante los ojos deslumbrados de la Corte, para reunir todos los sufragios y ganarse todos los corazones. La mas atrevida en los placeres de la caza era también la mas graciosa en la danza, la mas seductora en todas las fiestas. En todas partes, durante cuatro años triunfó: en Versalles como en Marly, en Fontainebleau como en Kam-bouillet; y en todas era la primera por la gracia y por la belleza.

Aquel que ella iba a preferir a los Príncipes mas ilustres y aun al heredero de una corona, Aquel que ella iba a preferir a los Príncipes mas ilustres y aun al heredero de una corona, Aquel que ella iba a preferir a los Príncipes mas ilustres y aun al heredero de una corona,

ra sospechar el suceso misterioso que acababan de realizar.
Ese día venturoso no debía tener igual amanecer.

Una semana más tarde, Chantilly está en movimiento con la llegada de Luis XV al castillo: allí son para la Princesa todas las miradas del Rey.

Durante una de las cacerías reales, en el parque de Sylvia, Melin se acerca a la calesita que conduce a la joven. "¡Alejaos! le dice ésta; temo que nos espíen y no quiero perderos. Id a reuniros con mi hermano; esta tarde os diré por qué." El Duque no inquirió más; lanzó su caballo al galope, seguido de un solo criado; en el momento de torcer una avenida, se vuelve hacia la Princesa; luego desaparece en la espesura y a poco vibra un grito penetrante: en el momento en que el Duque le enviaba su último adiós en la avenida, un ciervo acorralado se lanzó sobre él y le hundió en el vientre y en el pecho sus terribles cuernos. El Duque moribundo fue trasladado al castillo, y en la noche de ese día muere, no sin reunir todas sus fuerzas y escribir a su amada:

"Deposito en voz lo que más he amado! Adios!.....no olvidéis al que os ama, hasta la tumba!"
En una viudez melancólica, la infortunada

ra sospechar el suceso misterioso que acababan de realizar.

Ese día venturoso no debía tener igual amanecer.

cer.

Una semana más tarde, Chantilly está en movimiento con la llegada de Luis XV al castillo:

allí son para la Princesa todas las miradas del Rey.

Durante una de las cacerías reales, en el parque de Syvia, Melin se acerca a la calesa

que conduce a la joven. "Alejíos! le dice ésta; temo que nos espíen y no quiero perderos. Id a

reuniros con mi hermano; esta tarde os diré por qué." El Duque no inquirió más; lanzó su caballo al galope, seguido de un solo criado; en el momento de torcer una avenida, se vuelve hacia

la Princesa; luego desaparece en la espesura y a poco vibra un grito penetrante: en el momento en que el Duque le enviaba su último adiós en la avenida, un ciervo acortalado se lanzó sobre él y le hundió en el vientre y en el pecho sus terribles cuernos. El Duque moribundo fue trasladado al castillo, y en la noche de ese día mere, no sin reunir todas sus fuerzas y escribir a su amada:

"Deposito en voz lo que más he amado!

Adiós!.....no olvidéis al que os ama, hasta la tumba!"

En una vridez melancólica, la infortunada

Princesa guardó íntegra su fe al único hombre a quien amó. Ella era de aquellas que no saben amar más que una vez!.....

En ese siglo XVIII, tan frívolo y voluptuoso,

la dulce fisonomía de la Princesa ha permanecido como el emblema de la fidelidad y de la constancia y la historia misma no ha arrebatado nada del encanto con que la novela ha rodeado a la Princesa de Clermont, y aún hoy día, en el bosqueillo de Syvia, la avenida denominada "de Melin", es un sitio de peregrinaje para los enamorados.

VIZONDE DE REISSET

(Traducción y arreglo de Felipe Valderrama. *La Revista* Caracas.)

Sir Edward Grey y la tragedia del símbolo

El discurso pronunciado por el muy honora-

ble sir Edward Grey, Comendador de la Orden de la Jarretiera, Ministro de Estado de la Gran Bretaña, en el salón Bechstein (Londres), con motivo de la conferencia de su amigo Buchau sobre la estrategia de la guerra, pudiera servir como ejemplo del acto social puro; acto desprovisto de todo otro valor que no sea el que resulta de las relaciones y representaciones creadas por el hecho mismo de la asociación humana. Juntanse los hombres y, por sólo juntarse, provocan la formación de corrientes invisibles y de oscuras gravitaciones. Como en los líquidos mezclados, unos corpúsculos suben y otros bajan, tendiendo ante todo a establecer ese antagonismo fundamental que, a despecho de los anhelos igualitarios, existirá en tanto que existan varias dimensiones en el espacio: la capa superior, la capa inferior; el grupo de la derecha, el grupo de la izquierda; el orbe externo y el círculo íntimo. Y entre ellos, como mensajeros de sus mutuos odios y sus mutuos amores—verdaderos espías dobles, a la vez que conciliadores y jueces—flotan

Sir Edward Grey y la tragedia del símbolo

El discurso pronunciado por el muy honorable sir Edward Grey, Comendador de la Orden de la jarretera, Ministro de Estado de la Gran Bretaña, en el salón Bechstein (Londres), con motivo de la conferencia de su amigo Buchau sobre la estrategia de la guerra, pudiera servir como ejemplo del acto social puro; acto desprovisto de todo valor que no sea el que resulta de las relaciones y representaciones creadas por el hecho mismo de la asociación humana. Juntanse los hombres y, por sólo juntarse, provocan la formación de corrientes invisibles y de oscuras gravitaciones. Como en los líquidos mezclados, unos corpúsculos suben y otros bajan, tendiendo ante todo a establecer ese antagonismo fundamental que, a despecho de los anhelos igualitarios, existe en tanto que existen varias dimensiones en el espacio: la capa superior, la capa inferior; el grupo de la derecha, el grupo de la izquierda; el orbe externo y el círculo íntimo. Y entre ellos, como mensajeros de sus mutuos odios y sus mutuos amores—verdaderos espías dobles, a la vez que conciliadores y jueces—flotan

ideal del hombre del círculo. Si fuere posible hablar para no decir nada—o para repetir lo sabido—este será su mejor discurso: acto social puro. Como es el hombre del centro, el valor de sus palabras está en ser suyas, está en el poder sobre humano del centro: que no presuma, pues, de sutil, de fantástico o de innovador. Merezca, en silencio, el honor de encarnar el centro; respete la invisible fuerza geométrica confiada a sus manos; domínese, castígnese, mátese.

Con este aire de inmovilidad trágica habla sir Edward Grey. Nada nuevo dice y casi puede asegurarse que no dice nada: nada que no sea, como el aire, invisible de puro ambiente. Cada una de sus palabras es neutra, y hasta la sintaxis que las liga esta toda predeterminada. El oído se desliza, oyéndolo, sin tropiezos ni sobresaltos. Aseguro que hablaría con tono monótono y sin mover las manos: los ojos, cargados de vida, revelarían—a pesar de la serenidad de la boca—toda la tragedia de ser símbolo; de no poder tronar y estallar, de ser encarnación de lo fijo; de no poder crear ni matar, de ser encarnación de lo eterno.

? Qué dice?—? Qué importa, si hay acto social? En cualquier artículo de periódico hallaréis más novedad y luego que en sus palabras; mayor desarrollo, y acaso superiores puntos de vista. Pero cuando todas las gacetas de la guerra hayan ardiendo en las chimeneas de nuestros hijos, o

cuando el rey de la fábula pida a los sabios el se-
cundo de la historia reducido al menor número de
palabras y a las más diáfanas y sencillas—enton-
ces se oirá resonar, porque venía resonando desde
un centro eterno, con timbre y poder inustados,
el discurso del centro.

El acto social puro. —? No advertía Varona

que el uso de la tarjeta de visita delata el fondo
simbólico de las relaciones humanas? Todo cono-
cimiento que nace? no comienza por ser simbóli-
co, luego e indirecto? La línea recta es el último
desarrollo de la acción animal: otea el ga-
llo su presa largamente; describe trayectorias
complejas en su alrededor, y al fin —! sólo al
fin —! cae de rayo, a plomo, sobre ella. Por el
pensamiento simbólico ha comenzado el pensa-
miento, según testimonio pintoresco de mito-
logías y supersticiones. Entre los salvajes, el men-
saje recibe una orden y, con el cuchillo, abre
en su bastón tantas muescas como partes tiene
la acción que se le ha mandado ejecutar: le basta
la memoria simbólica, como al que hace un nudo
en el pañuelo para recordar cierto compromiso
del día siguiente. Nunca nos emancipamos por
completo del símbolo: sustituimos la mitología y
la superstición por la filosofía y la ciencia; deja-

mos el nudo del pañuelo por el memorándum o
la papeleta, para la que ha podido producirse to-
da una industria mobiliaria. Pero en el fondo de

ideal del hombre del círculo. Si fuere posible ha-
blar para no decir nada—o para repetir lo sabi-
do—éste será su mejor discurso: acto social puro.
Como es el hombre del centro, el valor de sus pa-
labras está en ser suyas, está en el poder sobre-
humano del centro: que no presuma, pues, de
sutil, de fantástico o de innovador. Merezca, en
silencio, el honor de encarnar el centro; respete
la invisible fuerza geométrica confiada a sus ma-
nos; domínese, castígnese, mátese.

Con este aire de inmovilidad trágica habla sir
Edward Grey. Nada nuevo dice y casi puede ase-
gurarse que no dice nada: nada que no sea, como
el aire, invisible de puro ambiente. Cada una de
sus palabras es neutra, y hasta la sintaxis que las
liga esta toda predeterminada. El oído se desliza,
oyéndolo, sin tropiezos ni sobresaltos. Aseguro
que hablaría con tono monótono y sin mover las
manos: los ojos, cargados de vida, revelarían—a
pesar de la serenidad de la boca—toda la trage-
dia de ser símbolo; de no poder tronar y estallar,
de ser encarnación de lo fijo; de no poder crear
ni matar, de ser encarnación de lo eterno.

? Qué dice?—? Qué importa, si hay acto social?

En cualquier artículo de periódico hallaréis más
novedad y fuego que en sus palabras; mayor de-
sarrollo, y acaso superiores puntos de vista. Pe-
ro cuando todas las gacetas de la guerra hayan
ardido en las chimeneas de nuestros hijos, o

las relaciones sociales (¿y qué hay que no sea so-
cial en algún modo?) subsiste, como el tipo mis-
mo de pureza, el acto simbólico.—Ya no importa
lo que seamos, lo que valgamos: para ser socia-
les, para conversar con los demás, hemos de ser
como ellos, parecernos a todos; hacerse sentir
es ser grosero. ¡Ay del que quiera hablar como
lo que es! Ni al más fino y depurado escritor to-
leraría la sociedad un modo distinto de charlar.

Un hombre puede escribir, si quiere (! oh, solita-
rio milagro de escribir!) que gusta de la aventu-
ra; pero las Furtas Sociales no le pueden consen-
tir que sea aventurero. Al llegar al círculo, tiene
que neutralizarse, escondiendo a punto su agui-
jón. Si le toca el centro del círculo, llorémoslo ya
como lloraríamos al amigo convertido en estatua.
Tal vez si acercamos el oído al sitio donde hubo
un corazón, oiremos un latir subterráneo: un im-
posible, absurdo latido que, si se empeña en no
parar, acabará por reventar algún día—por sólo
su ritmo vivaz—la corteza de piedra que lo en-
sordece, provocando un cataclismo social.

Honda es la tragedia de los símbolos.—Por la

sala van y vienen hombres iguales, diciendo
siempre iguales cosas, y el que más se parece a
todos resúta el primero. En ese: la tranquilidad
de todos reposa en ese. ¡Cuidado! Que no sepa
nunca—no le digamos—que afuera es la noche y
bajo las estrellas hay canciones de loco.

Bergson y la educación

Los grandes pensadores, los reformadores,

no dejan nunca de ejercer su influjo en la hu-

manidad. Esta está ya, inconscientemente

preparada, en cierto sentido, para lo que vie-

ne, y tiene que reconocerlo en parte, porque

los grandes hombres son como un producto

de su tiempo, que los moldea; ellos rennen, te-

nen lo que en los demás se da disperso. Y la la-

bor de Bergson, tan atacada desde todos la-

dos, como el *Origen de las especies*, de Darwin,

ha influido como ésta en el pensamiento hu-

mano, hondamente y desde su aparición. La

filosofía de Bergson penetra lentamente las

formas del siglo xx y precisadamente en el reino

de la educación, así como en el de la religión,

es donde su influjo parece más eficaz.

—El futuro—dice Bergson—parece pertenecer

a una filosofía que procure dar cuenta de todo

lo que es dado. En el porvenir se dará una

educación a la personalidad entera y no ten-

drá sólo en cuenta la inteligencia y la memo-

ria. Actualmente no hay en la educación nin-

guna aspiración central y universalmente re-

conocida, a la que puedan converger todas las

las relaciones sociales (? y qué hay que no sea so-

cial en algún modo?) subsiste, como el tipo mis-

mo de pureza, el acto simbólico.—Ya no importa

lo que seamos, lo que valgamos: para ser socia-

les, para conversar con los demás, hemos de ser

como ellos, parecemos a todos; hacerse sentir

es ser gerosero. ¡Ay del que quiera hablar como

lo que es! Ni al más fino y depurado escritor to-

leraría la sociedad un modo distinto de charlar.

Un hombre puede escribir, si quiere (! oh, solita-

rio milagro de escribir!) que gusta de la aventu-

ra; pero las Furtas Sociales no le pueden consen-

tir que sea aventurero. Al llegar al círculo, tiene

que neutralizarse, escondiendo a punto su agui-

jón. Si le toca el centro del círculo, lo remoslo ya

como lloraíamos al amigo convertido en estatua.

Tal vez si acercamos el oído al sitio donde hubo

un corazón, oiremos un latir subterráneo: un im-

posible, absurdo latido que, si se empuña en no

parar, acabará por reventar algún día—por sólo

su ritmo vivaz—la corteza de piedra que lo en-

sordece, provocando un cataclismo social.

Honda es la tragedia de los símbolos.—Por la

sala van y vienen hombres iguales, diciendo

siempre iguales cosas, y el que más se parece a

de todos reposa en ese. ¡Cuidado! Que no sepa

nunca—no le digamos—que afuera es la noche y

bajo las estrellas hay canciones de loco.

ramas. Hablando toscamente, puede decirse que la educación ha alcanzado el tercer grado de su desenvolvimiento. Se basó en un principio solamente en la autoridad, y lo que se enseñaba fue aceptado solamente porque el instructor—fuese el profesor, el sacerdote, el libro, la iglesia o la costumbre—así lo decía. El no creer era un delito: el intelecto fue encerrado dentro de ciertos límites. Pero en sus *Ensayos sobre el entendimiento humano* Lock; fue uno de los iniciadores del segundo grado, al decir que el niño debía ser adiestrado en el ejercicio de su inteligencia, en vez de adscribirlo ciegamente a la autoridad; la razón lógica es la que había de guiarnos ahora. Y el entendimiento fue así adiestrado por la Geometría, por una enseñanza organizada de las ciencias y por otros artificios. Pero el tercer grado o estado apenas si se inicia; se presiente lo que puede ser ante algunas escuelas americanas, ante el método Montessori, ante las llamadas escuelas de "disciplina libre" y en el rendimiento de algunos maestros. Todo eso es *vida en el más amplio sentido*.

Para el actual descontento remanente en algunas escuelas donde se aspira a algo más que a enseñar libros de texto y a realizar brillantes exámenes, algo aprovechable hay en la labor de Bergson. Sería, pues, conveniente analizar los aspectos importantes de su filosofía que más puedan influir en la educación y en sus métodos. En general, la tendencia ac-

rama. Hablando toscamente, puede decirse que la educación ha alcanzado el tercer grado de su desenvolvimiento. Se basó en un principio solamente en la autoridad, y lo que se enseñaba fue aceptado solamente porque el instructor—fuese el profesor, el sacerdote, el libro, la iglesia o la costumbre—así lo decía. El no creer era un delito: el intelecto fue encerrado dentro de ciertos límites. Pero en sus *Ensayos sobre el entendimiento humano* Locke fue uno de los iniciadores del segundo grado, al decir que el niño debía ser adiestrado en el ejercicio de su inteligencia, en vez de adscribirlo ciegamente a la autoridad; la razón lógica es la que había de guiarnos ahora. Y el entendimiento fue así adiestrado por la Geometría, por una enseñanza organizada de las ciencias y por otros artificios. Pero el tercer grado o estadio apenas si se inicia; se presiente lo que puede ser ante algunas escuelas americanas, ante el método Montessori, ante las llamadas escuelas de "disciplina libre" y en el rendimiento de algunos maestros. Todo eso es *vida* en el más amplio sentido.

Para el actual descontento reinante en algunas escuelas donde se aspira a algo más que a enseñar libros de texto y a realizar brillantes exámenes, algo muy aprovechable hay en la labor de Bergson. Sería, pues, conveniente analizar los aspectos importantes de su filosofía que más puedan influir en la educación y en sus métodos. En general, la tendencia ac-

tual de la educación va hacia la liberación del niño y a estimular su espontaneidad, su naturalidad y el ejercicio de todas sus facultades. El estudio de la filosofía de Bergson pone de relieve la necesidad de cultivar el sentimiento y la voluntad además del intelecto, de proporcionar el poder de apreciación para el reino pleno del arte, así como para la admiración de la ciencia, y de dejar campo libre a la iniciativa en todo momento.

La teoría de la duración es suficiente por sí misma para producir un cambio completo en el método de atestiguar los resultados de la enseñanza. Al presente, se hace esto mediante los exámenes, que son un mal que vicia la enseñanza entera. Duración ha sido llamado el secreto de Bergson—no el tiempo que es medido por horas y minutos separables entre sí, ya que este tiempo es sólo otra forma del espacio. La duración no tiene relación alguna con el número—; es cualitativa, no cuantitativa, y es una evolución de la conciencia más bien que una cantidad creciente formada por la *adición* de estados de conciencia. Todo es-tado sucesivo de conciencia penetra los precedentes, y no puede separarse de ellos sin determinar un cambio real en su significación. La duración denota así una unidad que no puede ser subdividida: es una pura heterogeneidad, dentro de la cual no hay cualidades distintas. La duración está dentro de nosotros mismos e implica *sucesión*, la interpretación de nues-

tros estados de conciencia. Así la conciencia no atraviesa el mismo estado dos veces; un sentimiento, la segunda vez que es sentido, es diferente, y solamente por ello es sentido la segunda vez. Nuestra conciencia es un continuo desenvolvimiento. El maestro produce estados de conciencia, cada uno de los cuales penetra el resultado de todos los estados previos y ayuda gradualmente a formar un carácter, una vida. "¿Qué es nuestro carácter—dice Bergson—si no es el resultado de la historia que hemos vivido?... Es, con nuestro pasado entero, incluyendo la huella original de nuestra alma, lo que deseamos, hacemos y queremos." Y ¿cómo podemos dar una respuesta a una pregunta que inquiera estados al de conciencia? En la idea de que utilizamos al obrar el conjunto de nuestra experiencia vivida, de que nuestra personalidad es la síntesis actual de nuestros estados pasados, implica, como un corolario, la importancia de proporcionar a los discípulos de todas edades, experiencias que les sean provechosas, puesto que toda experiencia produce su efecto y el carácter se está continuamente creando. El aumento de la sensibilidad y la mayor delicadeza en el manejo de la juventud será el resultado de una mejor realización del significado del tiempo real, cualquiera que sea el nombre que pueda darsele. Un maestro que comprenda que uno mismo e idéntico sentimiento nunca puede repetirse, se esforzará porque todos los in-

Hayos que moldeen a sus discípulos sean a propósito para producir estados favorables de conciencia y no querrá que se compruebe su enseñanza y los efectos de ella mediante exámenes.

Sin embargo, más quizás que en ninguna otra parte de la filosofía de Bergson, en su doctrina del intelecto y de la intuición, es donde se ofrece más ancho campo para la forma o el desenvolvimiento de los métodos educativos. Sin depreciación alguna del intelecto en su teoría, ésta demuestra que está principalmente adaptado para la acción y en este sentido es particularmente hábil. En cambio cuando intenta comprender la vida y el movimiento, falla. El intelecto no es sino un depósito del movimiento evolutivo y, por consiguiente, no puede apoderarse del movimiento entero; la vida trasciende del intelecto y, por tanto, no puede ser enteramente comprendida por él. Siempre que Bergson menciona la educación, habla de ella en conexión con las imitaciones del intelecto.

“Vemos que el intelecto, tan hábil cuando actúa sobre lo inerte, es torpe desde el momento en que toca a la vida. Sea la vida del cuerpo o la del espíritu la que tenga que tratar, procede con el rigor, la torpeza y la brutalidad de un instrumento no designado para tal uso. La historia de la higiene o la historia de la pedagogía nos enseñan mucho en este respecto. Cuando pensamos en la necesidad

tres estados de conciencia. Así la conciencia no atraviesa el mismo estado dos veces; un sentimiento, la segunda vez que es sentido, es diferente, y solamente por ello es sentido la segunda vez. Nuestra conciencia es un continuo desenvolvimiento. El maestro produce estados de conciencia, cada uno de los cuales penetra el resultado de todos los estados previos y ayuda gradualmente a formar un carácter, una vida. “¿Qué es nuestro carácter —dice Bergson— si no es el resultado de la historia que hemos vivido?... Es, con nuestro pasado entero, incluyendo la huella original de nuestra alma, lo que deseamos, hacemos y queremos.” Y ¿cómo podemos dar una respuesta a una pregunta que inquiere estados de conciencia? En la idea de que utilizamos al obrar el conjunto de nuestra experiencia vivida, de que nuestra personalidad es la síntesis actual de nuestros estados pasados, implica, como un corolario, la importancia de proporcionar a los discípulos de todas edades, experiencias que les sean provechosas, puesto que toda experiencia produce su efecto y el carácter se está continuamente creando. El aumento de la sensibilidad y la mayor delicadeza en el manejo de la juventud será el resultado de una mejor realización del significado del tiempo real, cualquiera que sea el nombre que pueda darsele. Un maestro que comprenda que uno mismo e idéntico sentimiento nunca puede repetirse, se esforzará porque todos los in-

cardinal, urgente y constante que tenemos de preservar nuestro cuerpo y elevar nuestras almas, de las facilidades especiales que se nos dan en este campo para experimentar contínuamente en nosotros mismos, del mal palpable por la equivocación de una práctica médica o pedagógica equivocada, se nos pone de relieve que estamos amenazados de la estupididad y especialmente de la persistencia en el error."

El error consiste, no solamente en utilizar el intelecto solamente para resolver problemas educativos, sino también en adiestrar y estimular a los discípulos a usar el intelecto solo. El instinto autoconsciente—es decir, la intuición—debe desempeñar también su parte, y así actuará la conciencia entera, que se compone del intelecto combinado con la intuición. Según Bergson, existe alrededor del intelecto una vaga nebulosidad hecha de la substancia de que se han formado los núcleos luminosos conocidos como tal intelecto y que poseen ciertos poderes complementarios de él. Nosotros tenemos dentro de nosotros mismos sólo un sentimiento indistinto de otros poderes, pero se ofrecen más claramente cuando se les ve actuar en la evolución. La inteligencia y el instinto siguen opuestas direcciones, la una hacia la materia y la otra hacia la vida. La diferencia entre ellas se formula así: "Hay cosas que sólo la inteligencia puede buscar, pero que nunca podrá encontrar

por sí misma. Estas cosas sólo puede encontrarlas el instinto, el cual, a su vez, nunca las

buscará."

No puede haber reglas para adiestrar la intuición; sólo se le puede abandonar a su espontáneo desenvolvimiento sin reprimirla ni

perturbarla. Las prohibiciones, los textos, las listas y los premios sólo indican que la labor del intelecto o de la memoria es el asunto más cultivado en la vida escolar. La ciencia conservará su autoridad (se la deberá enseñar de un modo más artístico), pero también se enseñarán sus limitaciones. El sentimiento, la actitud, las aspiraciones, serán consideradas como de tanto valor, al menos, como las adquisiciones intelectuales. El análisis, la clasificación y las fórmulas podrán practicarse todavía, pero en un grado menor, y en cambio la imaginación y la sensibilidad respecto de un asunto exigirán más tiempo. El intelecto tiende a las afirmaciones y a la convención, mientras que la intuición tiende a la libertad y a la espontaneidad. Para estimular la espontaneidad y no perturbar la individualidad es para lo que debe aprenderse una psicología más verdadera. Al presente es lamentable nuestra ignorancia respecto al modo de trabajar el espíritu, a los sentimientos innatos y a la motivación real, especialmente de los jóvenes. La admonición *conócete a ti mismo* es hoy tan necesaria como en los tiempos clásicos, y la de *conoce a tus*

cardinal, urgente y constante que tenemos de preservar nuestro cuerpo y elevar nuestras almas, de las facilidades especiales que se nos dan en este campo para experimentar continuamente en nosotros mismos, del mal palpable por la equivocación de una práctica médica o pedagógica equivocada, se nos pone de relieve que estamos amenazados de la estupidéz y especialmente de la persistencia en el error."

El error consiste, no solamente en utilizar el intelecto solamente para resolver problemas educativos, sino también en adiestrar y estimular a los discípulos a usar el intelecto solo. El instinto autoconsciente—es decir, la intuición—debe desempeñar también su parte, y así actuará la conciencia entera, que se compone del intelecto combinado con la intuición. Según Bergson, existe alrededor del intelecto una vaga nebulosidad hecha de la substancia de que se han formado los núcleos luminosos conocidos como tal intelecto y que poseen ciertos poderes complementarios de él. Nosotros tenemos dentro de nosotros mismos sólo un sentimiento indistinto de otros poderes, pero se ofrecen más claramente cuando se les ve actuar en la evolución. La intuición y el instinto siguen opuestas direcciones, la una hacia la materia y la otra hacia la vida. La diferencia entre ellas se formula así: "Hay cosas que sólo la inteligencia puede buscar, pero que nunca podrá encontrar

discipulos es una máxima indispensable en toda educación que sea digna de este nombre.

Conexión con la idea de espontaneidad está la de actividad creadora. Si no se reprime ni perturba la iniciativa de un niño, se aplicará a la creación individual y auténtica y "no tendrá mayor goce que el de sentirse a sí mismo creador". Este goce de la creación debe ser un camino en la educación mismo que en otras esferas. Todo estímulo para la creación es también un estímulo para uno de los verdaderos fines de la vida, lo cual puede ser expresado con las siguientes palabras de Bergson:

"Si, por tanto, en todas las regiones el triunfo de la vida está expresado por la creación, no debemos pensar que la última razón de la vida humana sea una creación que, a diferencia de la del artista o del hombre de ciencia, pueda ser perseguida en todo momento y por todos los hombres igualmente; sino que me refiero a la creación del yo por uno mismo, al continuo enriquecimiento de la personalidad por elementos que no vienen del exterior, sino por causas que brotan de uno mismo."

"Nos estamos creando continuamente... existir es cambiar, cambiar es madurar, madurar es crearse a sí mismo indefinidamente."

La vida, la conciencia, implican una necesidad de reacción; pero los simples ensayos literarios, el cultivo superficial de la ciencia, las lecciones, la recopilación de muchos hechos,

discipulos es una máxima indispensable en

toda educación que sea digna de este nombre.

Conexión con la idea de espontaneidad

esta la de actividad creadora. Si no se repr-

me ni perturba la iniciativa de un niño, se

aplicará a la creación individual y auténti-

ca y "no tendrá mayor goce que el de sentir-

se a sí mismo creador". Este goce de la crea-

ción debe ser un camino en la educación lo

mismo que en otras esferas. Todo estímulo

para la creación es también un estímulo para

uno de los verdaderos fines de la vida, lo cual

puede ser expresado con las siguientes pala-

bras de Bergson:

"Si, por tanto, en todas las regiones el triun-

fo de la vida está expresado por la creación,

no debemos pensar que la última razón de la

vida humana sea una creación que, a diferen-

cia de la del artista o del hombre de ciencia,

pueda ser perseguida en todo momento y por

todos los hombres igualmente; sino que me

refiero a la creación del yo por uno mismo, al

continuo enriquecimiento de la personalidad

por elementos que no vienen del exterior, sino

por causas que brotan de uno mismo."

"Nos estamos creando continuamente... existir es cambiar, cambiar es madurar, ma- durar es crearse a sí mismo indefinidamente."

La vida, la conciencia, implican una necesi- dad de reacción; pero los simples ensayos lite- rarios, el cultivo superficial de la ciencia, las

lecciones, la recopilación de muchos hechos,

el aprendizaje de memoria y la preocupación

de los exámenes, no conducen a la expansión

de ninguna facultad creadora.

El único modo de desenvolver lo que llama

Bergson las "potencialidades innumerables"

de la conciencia humana, y de alcanzar el "ho-

rizonte infinito" abierto ante nosotros, no de-

pende tanto de las aspiraciones del pasado

como de mirar más a las posibilidades del fu-

turo. A él mira siempre la acción, y nosotros

somos seres de acción esencialmente. "La con-

ciencia es la luz que ilumina la zona de las ac-

ciones posibles o la actividad potencial que

rodea la acción, realmente ejecutada por el

ser vivo."

Así es que, donde no hay ningún género de

elección o iniciativa o algún pensamiento de

acción, no se aviva la conciencia ni se despi-

ta la atención. En todo caso, el porvenir per-

tenece al niño. La suma total de las acciones

de una generación es el resultado de la suma

total de los influjos que actúan sobre su infan-

cia. "Cada acción humana en la que haya in-

tervenido, cada acto voluntario en que haya li-

bertad, cada movimiento de un organismo que revele espontaneidad, trae algo nuevo al

mundo." Ba uno de los últimos pasajes de la *Evolu-* *ción creadora*, Bergson muestra la responsabi-

lidad en que incurre una generación respecto

de la siguiente, e indica que quizás en este cul-

lado repose el secreto de la vida. Si, como él

dice, "la esencia de la vida es el movimiento por el cual la vida se trasmite", entonces también la esencia de la educación es la aptitud que proporciona para la vida y su desenvolvimiento. Puede haber infinita variedad en las manifestaciones de la vida y la individualidad puede admitir un número infinito de grados y de géneros. Esto indica que ningún ideal ni ninguna meta puede perseguirse siempre, porque la vida es crecimiento, evolución, transformación incesante, una creación continua de formas innumerables... Creamos el camino conforme avanzamos y sólo podemos mirar hacia atrás después de haberlo pasado. En este caso *todo* está abierto ante nosotros, y surge el solemne pensamiento de que la evolución y el futuro de la humanidad pueden guiarse por sí mismas. La humanidad puede hacer de sí misma y de su medio lo que quiera: el poder y los medios están en su mano. En esta idea de un gran infinito hay espacio para el valor y la esperanza..., indica una necesidad incesante de ofrecer un valioso punto de vista moral, en el más amplio sentido, a la generación que aguarda su turno para contribuir al lento avance de su raza hacia la evolución creadora.

Aquí surge, desde luego, el problema de la voluntad libre; pero el problema se desvanece como tal si se adopta la teoría de la evolución. Las partes de la discusión que conciernen al problema de la educación, son muy

dicen, "la esencia de la vida es el movimiento por el cual la vida se trasmite", entonces también bien la esencia de la educación es la aptitud que proporciona para la vida y su desenvolvimiento. Puede haber infinita variedad en las manifestaciones de la vida y la individualidad puede admitir un número infinito de grados y de géneros. Esto indica que ningún ideal ni ninguna meta puede perseguirse siempre, porque la vida es crecimiento, evolución, transformación incesante, una creación continua de formas innumerables... Creamos el camino conforme avanzamos y sólo podemos mirar hacia atrás después de haberlo pasado. En este caso *todo* está abierto ante nosotros, y surge el solemne pensamiento de que la evolución y el futuro de la humanidad pueden guiarse por sí mismas. La humanidad puede hacer de sí misma y de su medio lo que quiera: el poder y los medios están en su mano. En esta idea de un gran infinito hay espacio para el valor y la esperanza... indica una necesidad incesante de ofrecer un valioso punto de vista moral, en el más amplio sentido, a la generación que aguarda su turno para contribuir al lento avance de su raza hacia la evolución creadora.

numerosas; por ejemplo: la afirmación de que un hecho psíquico no se conforma con la ley física y no puede nunca expresarse en los términos de espacio. Este es un punto de vista que también habla contra la rigidez en la enseñanza y contra los meros exámenes, pues prefería considerar más bien los cambios probables causados en el espíritu y en las aptitudes del niño por la manera como maneja un asunto. La educación alcanzará un valor más real mientras más sutilmente trate las almas.

Muchas objeciones saldrán al paso para mostrar la imposibilidad de las sugerencias indicadas. Pero nada pareció más imposible que la abolición de la esclavitud. Análogamente, la abolición de la rigidez, de las convenciones, del adiestramiento meramente intelectual, etc., en la educación, por imposible que pueda parecer, llegarán a ser abolidos en la educación como el "pago por los resultados", que pareció un día insustituible. Las dificultades principales para llegar a ello son: en las escuelas primarias, el excesivo número de alumnos en cada clase; en la segunda enseñanza, el sistema de los exámenes, y en todas las escuelas, la falta de un nivel elevado de sensibilidad y "personalidad" en la mayoría de los maestros son concienzudos y laboriosos, pero viven un poco aislados y necesitan más amplitud de horizontes y un mayor conocimiento de los problemas actuales, porque estos

E. M. WHITE

problemas tendrían en su mayoría que resolverse por su intervención. La mayoría de los maestros necesitan, más que una mayor cultura (sin negar la importancia esencial que ésta tenga para ellos), una visión amplia y exacta, no ya de la escuela, sino del mundo y de la vida, y un sincero deseo de llevar a su plenitud la personalidad del niño, y por tanto, de ayudar a la evolución de un tipo de humanidad cada vez más fino. Hay que prescindir, por tanto, del absurdo sistema de los exámenes como comprobación de la labor de la escuela, ya que ni siquiera pueden comprobar lo más importante de esa labor. Hay que cambiar gradualmente los métodos y los programas. El niño necesita menos matemáticas y más historia de la humanidad, de sus costumbres, de sus ideales. La ciencia debe enseñarse bellamente y despertando el sentimiento de admiración del mundo.